

CRÓNICAS ETURIAS

LUCES Y SOMBRAS

Óscar Gende Villar

Copyright © 2024 Óscar Gende Villar

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798873895595

*A mi padre, ese gran lector que, allá donde esté,
sé que leerá esta novela que tanto me recuerda a
él. Ojalá pueda sentirse orgulloso.*

*A mi madre, por obligarme a usar aquella vieja
máquina de escribir, encendiendo en mí el afán
por contar historias maravillosas.*

Tal vez algún día lo consiga.

AGRADECIMIENTOS

A...

... Juanra, por su increíble capacidad para ver las verdades veladas y exigirme una segunda novela nada más terminar esta primera.

... Andrea, por esa implacable sinceridad que solo una gran lectora sabe tener, tan constructiva como estimulante.

... Isaac, por su perfeccionismo y su afán incansable por descubrir errores que ni siquiera pensé que existiesen.

... Alejandra, por obsequiarme con su enorme conocimiento literario y hacerme creer que había escrito una historia que debía ver la luz.

... Vasi, por regalarme tan generosamente su tiempo y compartir conmigo esas largas conversaciones en las que tanto aprendí de mi propia historia.

... mi hermana Cristina, por enseñarme que los viejos fantasmas no son nada más que eso: viejos fantasmas.

... David, Francis, Inés, Lucas, Toni y

Laura, esa pequeña familia cuidadosamente escogida que tanto sufrió mis ausencias, aun estando presente.

... mis suegros, Perfecto y Mercedes, por su afectuosa generosidad, por esos buenos momentos a la mesa y, sobre todo, por aceptar como yerno a un tipo tan extraño como yo.

... mi esposa Beatriz, por todos los errores corregidos, por su sentido común, por calmar mi mente en tiempos de tempestad, por acompañarme durante todo este tiempo. Por todo.

INTRODUCCIÓN

Cuando aquel códice llegó a mí, en una serie de circunstancias que aún hoy día me resultan difíciles de creer, me cautivó, me obsesionó incluso.

Era un manuscrito grueso, pesado y viejo, muy viejo. Sus tapas de pergamino estaban destrozadas, y hedía a humedad añeja, de esa que todos hemos olido alguna vez en los días lluviosos de otoño. Pero supongo que no era de extrañar en un documento del bajo medievo. Porque sí, así de viejo era.

Y tal como pude descubrir después, el manuscrito era una réplica de otro más antiguo todavía (del siglo III a.C. nada menos) cuya autoría original se atribuía a un viejo conocido de la cultura clásica, considerado el primer escritor de la Antigua Roma: Lucio Livio Andrónico.

Fueron muchos los meses que me zambullí entre aquellas páginas, sucias, agujereadas, con documentos sueltos entre ellas que parecían de

diferentes épocas. Había bellos dibujos de paisajes, personas y hasta un mapa extensible, deteriorado y de trazos ya desvaídos, en el que se podía intuir la forma y el nombre de tierras para mí nunca vistas.

Para que sirviese de apoyo a mi novela, he intentado reproducir el susodicho mapa de la mejor forma que pude, pero el lector me disculpará por haberme tomado ciertas licencias. Me he visto obligado a rellenar ciertos fragmentos faltantes con el dudoso juicio que me otorgó el haber leído y releído el códice hasta los límites de la compulsión y la locura. Y, por supuesto, necesité ayuda para hacerlo. Yo jamás podría haber traducido el latín temprano en que venía escrito, pero el mismo monje que me cedió el códice, un hombre recto e ilustrado como pocos, lo hizo por mí. Y muy a su pesar, debo decir, pues lo que se encontró no comulgaba demasiado con las ideas más cristianas del origen de la humanidad...

Con un lenguaje denso y parco en adornos, Andrónico narraba una serie de sucesos ocurridos en un lugar y tiempo que yo mismo catalogué en un principio como pura ficción.

Pero cuanto más iba leyendo, menos convencido estaba de mi impresión inicial. Andrónico creía que lo que contaba era real, que aquellos hechos excepcionales habían sucedido, y que los pueblos que los protagonizaban habían existido. Para él, eran ancestros de una edad olvidada, padres de las civilizaciones de esa Antigüedad que conocemos hoy día.

Y eran extraordinarios.

¿De qué otro modo podría si no definir a los eturios, esa raza de estatura y fuerza sobrehumanas que acapara todas las alabanzas del romano? Y eso, solo era la punta de una lanza mucho más larga...

Andrónico podría estar mintiendo, sí. De hecho, él mismo advertía con sus primeras palabras de que no había sido testigo de los prodigios que relataba, sino que el suyo era un manuscrito que recopilaba a su vez otros todavía más antiguos.

Y esos documentos a los que aludía rezaban por lo visto un título en común: *Crónicas eturias*. Fue por eso que el viejo autor decidió llamar a su obra del mismo modo.

Y yo, aunque he optado por contar esta historia en forma de novela, alejándome de la crónica más convencional para hacer el viaje más ameno al lector, me siento obligado a preservar el legado de su nombre, o de lo que sea que en verdad subyazca en esta odisea que ya dura milenios, y que, al parecer, aún no ha terminado...

Porque, mientras leía una y otra vez a Andrónico, pude sentir su necesidad de contar lo que había descubierto, su urgencia por transmitir ese conocimiento al mundo, su convencimiento de que la influencia de los sucesos y personajes desvelados en sus *Crónicas eturias* intervenían aún en el devenir de los tiempos.

Y, sinceramente, yo he sentido lo mismo.

*Hubo un tiempo, ya olvidado, en el
que existió una enorme raza de
superhombres a los que hoy día
habríamos llamado semidioses.
Esta es una crónica de aquel tiempo.*

Lucio Livio Andrónico

Mapa en alta resolución disponible en

www.cronicaseturias.com



PRÓLOGO

Sentado en la silla de su abuelo, Ansur contemplaba la soledad del Gran Salón del Ladaír, mal iluminado por la lumbre del hogar que luchaba por dar calor a la estancia.

¿De verdad quería estar allí sentado? ¿Era por eso que se esforzaba, día tras día, por ser el más fuerte? ¿Para gobernar a una panda de ingratos que lo odiaban y despreciaban por quien era?

¿De verdad quería ser el Gran Ladaír de La Antigua?

Desde luego, nadie se lo había pedido.

LIBRO PRIMERO

Úlricht-Eliassen jadeaba sin control, exhalando densas volutas de vaho al aire mientras observaba la enorme figura de su oponente recortada contra el amanecer.

Para un humano como Úlricht, los eturios apenas se diferenciaban entre sí. Eran todos de gran estatura, musculosos y con la piel tan pálida que parecían muertos. Sus ojos eran invariablemente azules, sus rostros imberbes y sus cabellos grises.

En los cinco soles que había convivido con ellos, Úlricht había aprendido que los eturios apreciaban mucho sus lisas cabelleras; les crecían hasta que alcanzaban la madurez, y entonces dejaban de hacerlo. Para siempre. Era por eso que jamás se las cortaban.

No resultaba sencillo determinar sus edades. Tardaban unos doce soles en convertirse en adultos, y luego, no envejecían; se mantenían jóvenes y saludables hasta que un buen día se iban a dormir y no volvían a despertarse. Por

supuesto, tan envidiable don tenía un precio: poco tiempo de vida. Y aunque sus mujeres vivían algo más, Úlricht no sabía de ningún eturio o eturia que hubiese sobrepasado los cincuenta y cinco soles.

Y así era el contrincante que aguardaba frente a él: Corhelm Fuerza de Oso, corpulento y poderoso incluso entre los suyos. Úlricht apenas le alcanzaba la altura de los hombros, y de músculos no iba mucho mejor. El sentido común le dictaba que era más rápido y ágil que su rival; y en verdad lo era, pero aun así no conseguía herirlo. Corhelm tenía la molesta costumbre de bloquear todos sus ataques, y lo hacía con suma tranquilidad, como si estuviera lidiando contra un niño con el que debía mostrarse condescendiente.

Úlricht alzó los brazos y examinó sus dos armas con detenimiento, como si buscara en ellas al culpable de aquella situación.

Élhoist, el maestro herrero de Las Mil Batallas, le había regalado aquellas hachas por el vigésimo primer aniversario de su día de la venida. Eran armas gemelas, de doble hoja de gris acero eturio, y habían sido diseñadas para

ser lanzadas y recogidas a voluntad del que las esgrimía. Aunque no resultaba nada sencillo hacerlo.

Úlricht no conocía a nadie que manejase un par de armas como las suyas. De hecho, él mismo había ideado y forjado sus primeras hachas con cadena al poco de que lo hubiesen arrastrado a Etura. Sabía que, para luchar contra Corhelm sin perder la vida, debía mantenerlo a distancia. El eturio era mucho más fuerte que él, y también más experimentado.

Era cierto que siempre podía recurrir a las armas a distancia, tan propias de los humanos del sur. Pero, si usar un arco o una ballesta en un campo de batalla ya era un terrible deshonor para un hijo de Iven-Talh, no lo sería menos hacerlo en un duelo justo. Aunque Corhelm no entendiese ni de honor ni de justicia.

Así pues, Úlricht podía lanzar sus aceros sin que en ningún momento perdiesen el contacto con su cuerpo, manteniendo de esta manera su honor intacto. Diez palmos de cadena unían el puño de las dos hachas a sus brazales, y los pesados punzones en que remataban sendas

armas contrapesaban el golpe para facilitar el lanzamiento. Úlricht las manejaba con soltura; una soltura que había tenido un precio: un par de dedos y una cicatriz profunda que le surcaba el rostro desde la oreja hasta la comisura del labio, amén de otras marcas de menor calado que le pululaban por el cuerpo.

Si no había muerto ya, había sido por una cuestión de suerte. O porque la Gran Madre no lo había querido.

—Deja de mirar tu acero y ataca de una puta vez —dijo Corhelm, sacándolo de sus pensamientos. Sonreía con arrogancia—. ¿O te has quedado ya sin fuerzas, pequeño Úlricht?

Úlricht no contestó. Nunca había sido de muchas palabras; ni tampoco de caer en provocaciones. Aunque detestaba con todo su ser que lo llamasen «pequeño Úlricht».

Había retado a Corhelm en justo duelo a muerte en múltiples ocasiones. Diez, para ser exactos. Y no iba a permitir que aquella fuese su décima derrota.

Debía contener su genio.

Tomó aire y, haciendo tintinear sus cadenas, adoptó una posición de combate: mano

izquierda al frente, orientando el punzón del hacha hacia el rival, y derecha hacia atrás, dispuesta para el lanzamiento.

El gesto desató las risas de los presentes, que habían formado un círculo alrededor, dejando espacio para que luchasen. No se tomaban a Úlrich demasiado en serio, aunque él sabía que podría acabar con la vida de la mayoría, y sin necesidad de usar sus hachas. Había matado a muchos de su clase antes, pero no estaba allí por ellos, sino por Corhelm: el único al que no era capaz de matar.

—Tan hablador como siempre ¿eh? —La voz que había hablado pertenecía a Elmtúrea, guerrera de sangre de Corhelm—. Ese es mi pequeño Rostro de Hielo. Mirad qué guapo está...

En Etura, a diferencia de lo que sucedía en Iven-Talh, las mujeres combatían junto a sus hombres. No eran tan fuertes y altas como ellos, pero sí mucho más que cualquier hombre humano. Solían ser hermosas y Elmtúrea no era una excepción.

Corhelm rio el comentario de su guerrera y se llevó la mano a la boca para bostezar,

adoptando una postura relajada.

Y Úlricht atacó.

El hacha de su diestra salió disparada, directa al amplio pecho del Gran Ladaír de las Mil Batallas, que rechazó el ataque con un rápido movimiento de escudo. El sonido del metal contra el metal inundó el ambiente.

Corhelm aún sonreía. Parecía divertirse tanto como en las nueve veces anteriores.

Úlricht tiró de la cadena y el arma volvió a su mano. Sin un instante que perder, esta vez lanzó las dos hachas a la par. Y, tal como había previsto, su oponente las desvió de nuevo.

Pero Úlricht no había lanzado sus aceros con la intención de acertar. Antes de que las armas cayesen al suelo, dio un paso al frente y comenzó a rotar sobre sí mismo, creando un torbellino de muerte a su alrededor, seguro de que ni siquiera el gran Corhelm Fuerza de Oso podría escapar a semejante ofensiva.

Pero sí que pudo.

El eturio se agachó con rapidez, alzó la espada en vertical, haciendo que las hachas de Úlricht se enredasen en la hoja, y giró en redondo, tensando las cadenas. La larga melena

gris del Elm seguía la estela de su cabeza en movimiento, como una serpiente que tratara de envolver a una presa escurridiza.

Las armas de Úlricht estaban unidas a sus muñecas como una extensión de su propio cuerpo, y él sabía que no podría evitar lo que venía a continuación. Corhelm tiró de él con fuerza, atrayéndolo. Y le dio un puñetazo tan brutal en la mandíbula, que el cuerpo se le volteó violentamente en el aire antes de dar contra el suelo.

Sin apenas tiempo para recuperar el poco sentido que le restaba, Úlricht sintió el gélido filo del metal sobre el pescuezo.

—Considérate un tipo con suerte: casi no he usado fuerza... —dijo Corhelm. Esta vez lo miraba con seriedad. Algo poco habitual en él—: Y ahora, admite tu derrota, hijo de Éj...

—No... te atrevas... —lo cortó Úlricht, luchando por hablar—... a nombrar a mi padre, maldito eturio...

El Elm adelantó un pie y le pisó el cuello, impidiéndole respirar.

—Admite tu derrota, hijo de Éjnar-Eliassen —repitió con autoridad—, o morirás aquí y

ahora.

Últricht no podía morir todavía; no por una cuestión de orgullo, así que asintió con un leve gesto de la cabeza. «Lo siento, padre. No pude hacerlo. Aún no.»

Entonces, Corhelm relajó el gesto, sonriendo otra vez. Retiró el pie y se agachó junto a él, adelantando una mano, enorme y pesada, para posársela sobre la cabeza.

—La próxima vez será, pequeño Últricht-Eliassen —le dijo al tiempo que le agitaba el cabello.

Aquellas malditas palabras otra vez. El eturio se las decía cada vez que lo vencía en duelo, y ya iban diez.

Últricht chasqueó la lengua, desviando la mirada a un lado. Le tomaría un tiempo convencer a Corhelm de que volviese a luchar contra él. Pero no podía dejar de intentarlo; no hasta que lograse matarlo como un hijo de Iven-Talh debía hacerlo: con bravura y honor. Sí, tenía que enseñarle a aquel ser miserable lo que era el honor: algo de lo que él carecía. Pero igual que carecía de honor, no así de fuerza y maestría con la espada. Corhelm era, por

mucho, el mejor guerrero que Úlricht había conocido jamás.

Sí, el mejor.

¿Qué era aquello que sentía? ¿admiración? Se mordió el labio inferior con rabia, hasta que el dolor alejó aquellos estúpidos pensamientos de su cabeza.

—¿Por qué...? —musitó.

—Vaya —dijo Elmtúrea, alzando la voz—. Al menos mi apuesto Rostro de Hielo no se ha quedado sin lengua. Me quedo más tranquila. Esta noche podrá meterse conmigo bajo las pieles y mostrarme lo bien que sabe usarla.

Se escucharon débiles carcajadas entre la compañía.

—¿Por qué qué, pequeño Úlricht? —preguntó Corhelm.

—¿Por qué no me matas sin más?

El Elm abrió un poco la boca para contestar, pero se quedó en silencio, observándolo. Había un brillo diferente en sus ojos, un brillo que Úlricht no supo interpretar. Corhelm terminó por encogerse de hombros y, adoptando su habitual expresión desenfadada, dijo:

—No seas idiota. Sabes tan bien como yo

que muerto no vales nada.

—Tenemos que irnos, mi ladaír. —Feraelm se había acercado.

Como todos los eturios, Feraelm era pálido, fornido y lucía un cabello liso y ceniciento que dejaba caer por encima del pecho hasta la cintura. También llevaba una piel de oso gris cubriéndole hombros y espalda, signo inconfundible de que, tal como ya apuntaba su nombre, pertenecía al clan Elm. Era sombrío, callado —rasgo que no disgustaba del todo a Últricht— y un guerrero de gran habilidad. Por eso lo habían nombrado guardia de sangre.

Según la ley eturia, a un ladaír le correspondían cuatro guardias de sangre. Y ese era el caso de Corhelm, aunque en aquel momento solo tuviese tres: su hijo, Carelm; Elmtúrea, y el propio Feraelm. El cuarto había fallecido en la cama poco antes de que aquella expedición partiese de Las Mil Batallas. Se llamaba Turaelm, y contaba cuarenta y ocho soles en el momento de la muerte.

Al hijo de Corhelm, Carelm, lo apodaban Cabeza Yunque, aunque Cabeza Hueca habría resultado mucho más apropiado: el robusto

retoño del Ladaír tenía la inteligencia justa para caminar sin tropezarse. Era extraño que no hubiese salido ya al paso de la compañía para regodearse en la derrota de Últricht.

—Sigamos nuestro camino —dijo Corhelm, levantando la vista hacia el sol—. No debemos hacer esperar a las buenas gentes de Ist de los Molinos. Sería una descortesía por nuestra parte.

Y esbozó una sonrisa maliciosa.

Los caballos eturios eran demasiado grandes para Últricht. Pese a que había tratado de hacerse con uno del menor tamaño posible, Núrodan seguía siendo más grande que cualquier montura de Iven-Talh, y le resultaba incómodo cabalgar con las piernas tan abiertas, sobre todo durante tantas jornadas.

Últricht se revolvió sobre la silla.

—¿Estás bien?, ¿te está molestando lo que llevas entre las piernas? —Elmtúrea se había puesto a su altura, cabalgando a su lado con la

lengua asomada entre los dientes.

—No estoy de humor para tonterías —contestó él, sintiendo una punzada de dolor en las quijadas; se las palpó un momento. El golpe de Corhelm bien podría haberle sacado la mandíbula del sitio.

Por el rabillo del ojo, advirtió que Elmtúrea volvía la vista al frente. Y tras permanecer unos instantes callada, dijo:

—Me ha gustado ese nuevo movimiento que has utilizado hoy contra el Ladaír, pequeño Eliasen.

Esta vez fue Últricht quien giró la cabeza hacia ella, sorprendido. La mujer parecía hablar en serio.

—Estoy segura —prosiguió ella— de que tu ataque cogió a Corhelm desprevenido, más de lo que quiso hacerte ver.

—Quizás —se limitó a contestar Últricht, volviendo a mirar hacia delante.

Se quedaron otra vez en silencio, escuchando el paso de los caballos sobre la dura tierra del camino.

—¿Y de qué me ha servido? —acabó añadiendo él—. Corhelm jamás ha perdido un

combate. Nadie puede vencerlo.

—Eso dice todo el mundo, pero se equivocan.

Últricht clavó los ojos en Elmtúrea, reclamando una explicación.

—No lo saben muchos —dijo ella—, pero hubo quien derrotó a Corhelm. Ya han pasado unos cuantos soles desde entonces, pero...

—¿Quién fue?, ¿cómo lo hizo?

—Si quieres saberlo, pregúntaselo a él. Tiene derecho a decidir si quiere contártelo o no. Aunque te advierto que no le gusta hablar del tema.

—¡Ist de los Molinos a la vista! —gritó alguien desde la vanguardia.

—Por fin —dijo Elmtúrea—. Tengo el culo hecho trizas. Se me ocurre que tú podrías...

—Déjalo ya —la cortó Últricht.

—Claro, claro. —La mujer se rascó la nariz, divertida—. Por cierto, sabes por qué estamos aquí, ¿verdad?

—Sí —contestó él, al cabo de unos instantes.

—Bien, chico listo. Pues entonces ya no será necesario que te diga que estés bien preparado, y con las manos cerca de esas hachas tan

bonitas tuyas. Allí a donde vamos no les gustan los forasteros, y menos los que van con intención de matar a uno de los suyos.

Últricht no dijo nada más.

Al comienzo de las lunas de hielo, los abedules blancos teñían su follaje de un color miel, y cada brisa de aire que soplabá al refugio de aquellas montañas levantaba una cortina de tonos dorados y marrones. Era un bosque hermoso.

Corhelm y Últricht cabalgaban solos por la senda que bajaba al valle. El Ladaír había ordenado al resto de la cuadrilla que se quedase atrás. Según él, no convenía que los habitantes de la ciudad se sintieran amenazados antes de tiempo.

Ist de los Molinos llevaba su nombre por una buena razón. Se asentaba entre dos laderas, en una cuenca frondosa y rodeada de riachuelos de furioso caudal que bajaban desde

las montañas; el sonido del agua abriéndose paso entre las piedras era atronador.

Y toda esa fuerza no era desaprovechada: las gentes de Ist habían levantado varios molinos a las afueras de la ciudad, contruidos con muros de piedra desbastada y tejados de pizarra. Seguramente los utilizasen para moler grano o abatanar lana de oveja, aunque en aquel momento no parecían estar en funcionamiento.

—Alto. —Una voz grave sacó a Últricht de su ensimismamiento, obligándolo a mirar al frente—. Alto, por Eturión.

Había tres eturios bloqueando el camino, y el que había hablado estaba un poco adelantado a los otros dos. Era un individuo de aspecto pulcro, postura rígida y pelo aplastado. Vestía una túnica marrón que le cubría los brazos hasta las muñecas y una falda eturia común, tejida a base de gruesa lana rojiza.

—Ey —saludó Corhelm con desenfado, levantando el brazo.

El otro lo escrutó un instante con gesto severo.

—¿Qué asuntos traen por aquí a un Elm

maleducado y a un... *humano*? —recalcó con desprecio al tiempo que miraba a Últricht.

Pero Últricht no dijo nada. No era necesario. Sus ojos hablarían por él.

—¿Cómo te atreves a mirarme así, alimaña insignificante? —Los dos tipos que aguardaban un paso por detrás se llevaron las manos a las empuñaduras.

—Vamos, vamos —atajó Corhelm, interponiendo un brazo por delante de Últricht—. No queremos problemas. El chico ni siquiera ha dicho nada. Solo hemos venido a...

—¡Ah, Corhelm, ahí estás! —exclamó una voz a lo lejos. Alguien más había aparecido en el camino, y se acercaba a grandes zancadas.

—¿Corhelm? —se sorprendió el eturio que había insultado a Últricht.

—Corhelm Fuerza de Oso —apostilló el que venía, cerca ya de ellos. Su semblante era serio, desafiante—, Ladaír de Elm de las Mil Batallas y, por tanto, uno de los cinco Grandes Ladaíres de Etura.

Una mezcla de asombro y fascinación mudó la expresión severa del eturio de cabello

aplastado.

Corhelm se bajó del caballo con cara de pocos amigos y le tendió la mano al recién llegado, que llevaba una piel de oso gris sobre los hombros. ¿Otro Elm?

El hombre observó por un instante la mano que se le tendía, y luego levantó la vista hacia Corhelm. Ambos se sostuvieron las miradas con gestos igualmente graves, hasta que sus labios comenzaron a arquearse. Y terminaron abrazándose entre carcajadas.

—Igaelm, hermano —dijo Corhelm, poniendo las manos sobre los hombros del otro—. Hacía mucho que no sabía nada de ti. ¿Qué tal está tu familia?

—Elmdián está embarazada de nuestro tercer hijo.

—Bien, bien. Me alegra oír que nuestro clan crece en número y fuerza.

—Es una pena que no vayas a estar aquí para su día de la venida. Me habría gustado que fueses su uroándhir.

—Lo siento —Corhelm sonrió con cierto aire compasivo—, debemos partir hacia La Antigua lo antes posible. Pero estoy seguro de que

encontrarás a alguien fuerte que acepte ese honor.

—Puede, pero nunca será como tú.

Úlricht había visto nacer a un par de eturios en Las Mil Batallas y, aunque en Iven-Talh no tenían nada parecido, sabía lo que eran los uroándhirs: una especie de protectores a los que ligaban la vida de los recién nacidos para transmitirles su fuerza y su sabiduría. Y los Elm solían preferir uroándhirs más fuertes que sabios.

Igaelm miró hacia atrás de soslayo.

—Venid —dijo. Puso una mano sobre la espalda de su hermano y lo condujo entre el hombre de porte rígido y sus dos escoltas—. Vayámonos a donde no nos molesten.

Úlricht desmontó, agarró las bridas del caballo y tiró de él con suavidad, saludando con gesto burlón a los tres eturios que habían pretendido impedirles el paso, y que ahora se limitaban a contemplarlo con ojos furibundos.

—Por poco no llegáis a tiempo —dijo Igaelm, mientras caminaban—. El nombramiento es esta misma noche, y no sé si habría podido hacerlo sin ti.

—Claro que podrías —contestó Corhelm.

—Los Ur... son fuertes...

—Tal vez. Pero tú, querido hermano, eres un Elm, un nacido del Gran Oso. Tu fuerza es mayor a la de cualquier Ur, Tar o lo que sea que se presente. Vencerás, porque has nacido para hacerlo.

—Eso espero, por Eturión.

—Por cierto, ¿quién era ese? —Corhelm señaló con el pulgar hacia atrás.

Igaelm resopló con desprecio.

—Minaist Agua Negra, un imbécil bastante popular en este dominado. Cree que será elegido ladaír esta noche, y se pasea con dos guardias por ahí como si fuese el dueño del lugar.

—¿Un Ist? Pues será mejor para él que no sea elegido. A veces me pregunto cómo es posible que nuestro herrero sea tan hábil perteneciendo a semejante clan de imbéciles.

Últricht conocía la fama de los Ist, pero también la del maestro Élhoist, considerado el mejor herrero de toda Eturia. Y no podía estar más de acuerdo. Había aprendido mucho del viejo Ist.

—El pueblo elegirá a Árodur —dijo Igaelm. Su expresión se ensombreció con un súbito golpe de melancolía—. Lo sé.

Caminaron en silencio durante un rato, hasta que la tierra del camino se convirtió en piedra adoquinada y los árboles en bonitas casas de madera y cercas de mimbre; varios uros pastaban tras estas últimas. Los lugareños con que se topaban los miraban con agria curiosidad.

«Parece que no somos bienvenidos», pensó Últricht.

—Veo que los rumores eran ciertos —dijo Igaelm de repente.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Corhelm.

—Te haces acompañar por ese... humano.

—Ah, eso.

—Sí, eso. ¡Por los huevos de Gadeír, hermano! Es un hijo de Iven-Talh, un enemigo de Etura.

—Tranquilo, podemos confiar en él. Hizo un estúpido juramento que lo ata a mí.

Hablaban de Últricht como si no estuviese delante.

—Entiendo —aceptó Igaelm. Giró la cabeza

hacia atrás y escrutó a Úlricht con evidente interés—. Que así sea entonces. Los aliados de mi hermano son mis aliados.

Igaelm tendió una mano, sin dejar de caminar, pero Úlricht no movió un solo músculo para corresponderlo.

—Corhelm no es mi aliado —dijo.

—Es un poco raro —explicó el propio Corhelm con rapidez—, pero es buen chico.

—Tan raro como que es la primera vez que veo a un humano de Iven-Talh con pelo en la cabeza y la cara afeitada —asintió Igaelm—, aunque reconozco que así parecen menos feos. Un poco, nada más, pero ya es algo.

El Gran Salón de la Casa de los Clanes era cálido y espacioso. Los eturios comían y bebían en mesas amplias, festejando al calor del gran hogar que ardía en el centro.

Úlricht contemplaba la jarra de agua y el cuenco repleto de carne que tenía delante,

meditabundo.

—¿No te vas a comer eso, humano? —El aliento de la eturia que se sentaba a su lado apeataba a hidromiel.

—No.

La mujer tiró del cuenco de Úlricht hacia ella, apartando el propio a un lado, ya vacío.

Cualquier eturio, hombre o mujer, comía por dos o tres humanos de buen estómago; y bebía tanto como comía, aunque rara vez se embriagaba. De hecho, Úlricht nunca había visto a un eturio ebrio. Si él hubiese bebido la cuarta parte de lo que había bebido aquella mujer, ya habría muerto.

El alboroto que reinaba en la estancia fue apagándose, y los comensales dejaron de comer, beber y reír para dirigir su atención hacia la mesa que presidía el banquete, al fondo de la estancia. Úlricht se había fijado en ella un par de veces a lo largo de la noche: estaba encima de una tarima que la elevaba un palmo sobre el resto, y tenía cinco sillas orientadas hacia la sala; la del centro, la única vacía, era más grande y bonita que las demás. Porque era la silla del Ladaír.

En las otras se sentaban cuatro eturias, inmóviles, con expresión grave en sus ojos tiznados de negro. Llevaban una fina corona de plata sobre la cabeza.

Por su aspecto, Últricht sabía que eran Saberes de sus respectivos clanes; en concreto, de los cuatro clanes más importantes del dominado que formaba Ist de los Molinos junto con los poblados y aldeas bajo su jurisdicción. Dado que los eturios reservaban el honor de aquel puesto a los más longevos —aunque sus cuerpos no lo pareciesen—, las Saberes eran siempre mujeres, y la mayoría de las decisiones de cierto calado se tomaban solo con su consentimiento.

Sin embargo, Últricht no creía que fueran elegidas solo por su edad: las mujeres eturias eran sin duda más sabias y sensatas que sus hombres.

De entre la multitud surgió una figura oscura, que caminó por delante de la mesa de las notables para detenerse en medio y poner los brazos en alto, reclamando la atención de los asistentes. Últricht ya había visto antes a eturios como aquel. En Elm de las Mil Batallas

también había un dháetur.

Los dháeturs eran una especie de chamanes, respetados y temidos; y había uno en cada aldea, pueblo o ciudad de Etura. Solían vestir una túnica negra, de cuerpo completo y capucha, y llevaban el rostro oculto tras una máscara de madera, simple y sin adornos, con dos agujeros para los ojos.

Nadie conocía la identidad de los dháeturs, y se decía que tenían poderes sobrenaturales, que eran incluso capaces de sobrevivir al paso de varias generaciones, aunque Úlricht era bastante escéptico al respecto.

Poco a poco, el bullicio que reinaba en el salón fue convirtiéndose en un murmullo, y el murmullo en un silencio, aguardando a que el dháetur se pronunciase.

—Fuerzas y Saberes del dominado de Ist de los Molinos —la voz resonó amortiguada tras la máscara—, ha llegado el momento de elegir a un nuevo ladaír. Ruego a Etura que nuestra elección sea sabia, y el elegido digno del legado de Ultaist Cabeza Piedra, que ya descansa en la Tierra Donde Siempre Da El Sol. —El dháetur bajó los brazos y continuó diciendo—: Aquel

que considere que tiene la fuerza y la voluntad suficientes para ser nuestro líder, que dé un paso al frente.

Un eturio saltó de su silla como un resorte. Últricht reconoció al Ist de pelo relamido que les había salido al paso en la entrada de la ciudad. Un mar de cuchicheos se había adueñado de la sala.

Luego se levantó una mujer, bella y de cuerpo esbelto pero musculoso, y sonó algún que otro aplauso entre la multitud.

Un tercer eturio, con el largo cabello gris recogido en una trenza y el semblante tranquilo, se incorporó. Sus facciones eran afiladas, si uno tenía en cuenta lo cuadradas que solían ser las mandíbulas eturias, y vestía con relativa sencillez: una túnica corta de lino que le dejaba los brazos al aire y una falda hecha con harapos de lana marrón que le caían desde el cinto hasta más abajo de las rodillas, por encima de las botas. Todos los hombres eturios vestían faldas como aquella, aunque algunos les añadían unas tiras de cuero tachonado cubriendo los genitales.

En la tierra natal de Últricht, las faldas eran

cosa de mujeres.

La eturia que estaba a su lado le dio un codazo.

—¡Es Árodur! —exclamó, sin ocultar la emoción.

De hecho, la sala al completo se había llenado de voces jubilosas.

«Ya sabemos quién es el favorito», pensó Últricht.

Corhelm e Igaelm, sentados en una mesa delante de él, discutían por lo bajo. Corhelm parecía enfadado, como si le reclamase algo a su hermano. Mientras tanto, las voces excitadas que habían invadido aquella Casa de los Clanes volvían a la calma.

—Tres candidatos, entonces —habló el dháetur con los brazos otra vez levantados—. Bien, acercaos a...

Y de repente, el hermano de Corhelm se levantó de su silla, tirándola hacia atrás con gran estrépito.

—¿Cómo se atreve? —reaccionó una mujer casi al momento.

—Jamás daremos el poder a un Elm —habló algún otro en un tono más elevado.

Y el salón se inundó de voces de protesta.

—¡Silencio!, ¡silencio! —gritó el dháetur.

Las palabras del enmascarado no tardaron en surtir efecto. Poco a poco, los ánimos volvieron a serenarse.

—Minaist Agua Negra —dijo el dháetur, en un tono más calmado pero aún firme—, Tarsaíl Semilla de Fuego, Igaelm Furia de la Tormenta y Árodur Filo del Viento, acercaos y mostráros ante vuestro pueblo, donde todos puedan veros.

Los cuatro aspirantes obedecieron, caminando entre los asistentes hasta colocarse por delante de la tarima y formar hombro con hombro de cara a la audiencia.

—Bien —prosiguió el dháetur, que se había apartado a un lado—. Minaist, un paso al frente.

El chamán esperó a que Minaist cumpliera su orden y, dirigiéndose de nuevo a todos los presentes, clamó:

—¿Quién de vosotros, hijos de Eturión, confía su destino a la fuerza y voluntad de Minaist Agua Negra?

Solo cinco manos se alzaron. Por lo visto, Últricht no era el único que pensaba que aquel

eturio era imbécil.

—Cinco —dijo el dháetur—. Da un paso atrás, Minaist. Tarsaíl, adelántate.

El malparado Ist obedeció, con el rostro enrojecido por la ira pero en silencio, y la tal Tarsaíl hizo lo propio esbozando una sonrisa llena de confianza.

—¿Quién de vosotros —volvió a preguntar el dháetur—, hijos de Eturión, confía su destino a la fuerza y voluntad de Tarsaíl Semilla de Fuego?

Más eturios alzaron la mano esta vez.

—Diecisiete —contó el enmascarado en un instante.

Y cuando llegó el turno de Igaelm, nadie levantó la mano. Incluso se oyeron algunas risas.

Últricht miró a Corhelm, y este, percatándose de ello, giró la cabeza para guiñarle un ojo. No parecía preocupado por el mal resultado de su hermano.

—Igaelm, un paso atrás —dijo el dháetur. Y tras una pausa, agregó—: Árodur, adelán...

Decenas de sillas de madera se arrastraron por el suelo, interrumpiendo las palabras del

chamán, y se levantaron al menos cuatro decenas de brazos.

Úlricht reparó entonces en Igaelm, que negaba con la cabeza hacia su hermano, con los ojos muy abiertos.

—No es necesario hacer recuento —dijo el dháetur mirando a izquierda y a derecha. Irguió las manos otra vez y gritó—: ¡Árodur Filo del Viento! ¡Por el poder de Eturión yo te nombro...!

—¡Invoco el derecho de acero! —Corhelm, al igual que los demás, también tenía el brazo levantado, pero su mano era la única que no estaba desnuda. Sujetaba una espada, apuntando desafiante al techo. Todas las cabezas del salón viraron enmudecidas hacia él. Era evidente que no entendían lo que estaba pasando.

—¿Cómo dices? —El tono del dháetur dejó entrever la extrañeza general.

—Invoco el derecho de acero —repitió Corhelm con aplomo.

El otro bajó las manos.

—Hace mucho tiempo —dijo— que nadie en Etura reclama su derecho de acero, Gran

Ladaír de las Mil Batallas. La última vez...

—Fui yo mismo —lo cortó Corhelm—, hace catorce soles, lo sé. Pero no desperdiciemos fuerzas recordando el pasado. Tenemos un asunto importante que atender, hoy.

—Perniciosa costumbre la tuya, Fuerza de Oso. —Una de las cuatro Saberes de la mesa principal se había levantado: una eturia alta, hermosa y de larga caballera de plata como cualquier otra.

—Una costumbre que forma parte de la sagrada ley de Eturión —respondió Corhelm, bajando la espada.

—Una costumbre —replicó la mujer de inmediato— que se ampara en una ley antigua que ya pocos utilizan.

Corhelm se encogió de brazos, como si todo aquello no fuera culpa suya.

—Pero ahí sigue —dijo—, y debemos cumplir la ley, antigua o no, cuando es necesario hacerlo. ¿Acaso habéis olvidado cual es el propósito de elegir a un ladaír? —Miró a los lados, esperando una respuesta que no llegó—. Vuestro deber —levantó el brazo izquierdo, señalando en derredor— es elegir al más fuerte

del dominado; al brazo más firme; al que no dude cuando os guíe a la guerra contra vuestros enemigos; al que garantice vuestra supervivencia...

—¿Guerra? —saltó la mujer, haciéndose oír desde la mesa—. Hace catorce soles que nadie sabe de una guerra en Etura, Fuerza de Oso, y esa última vez fuisteis vosotros los Elm quienes la provocasteis.

—Hay que ver cuánto os gusta recordar el pasado... —Corhelm sonreía—. Nunca más tendremos una guerra como aquella, entre hermanos... Porque nuestro enemigo no está aquí entre nosotros, sino en el sur, más allá de nuestras fronteras.

—Los humanos del sur jamás volverán a atacarnos. —La Saber pronunció las palabras con lentitud—. Sabes bien, Gran Ladaír, que el muro que nos separa de los tinsalios no lo hemos construido nosotros, sino ellos mismos cuando descubrieron lo que les aguardaba aquí en el norte. Y en los dieciocho soles que han transcurrido desde entonces, estoy segura de que no lo han olvidado.

Corhelm exageró un suspiro, dando a

entender lo paciente que estaba siendo.

—¿Sabes por qué Elm de las Mil Batallas se llama así? —preguntó.

—Sí —respondió la eturia de mala gana.

—Entonces también sabrás que, yo mejor que nadie, sé lo olvidadizos que son los humanos, ya sean tercos idiotas del norte —señaló a Últricht sin mirarlo— o feos marrones del sur. Por eso no podemos permitirnos elegir a un ladaír débil en ninguno de los cuarenta y tres dominados de Etura.

—Se rascó un momento la barbilla, con aire reflexivo—. Pero si habéis elegido bien y Árodur es en verdad el eturio más fuerte de este dominado, no deberíais temer mi desafío de acero. Vencerá y se convertirá en justo Ladaír.

—La ley de Eturión es sagrada —intervino el dháetur, que había permanecido expectante—, y hemos de acatarla.

La Saber fulminó con la mirada a quien quiera que hubiese bajo aquella máscara y se dejó caer en la silla, sin añadir nada más.

—No obstante, hay un problema —añadió el dháetur—. Ningún eturio que sea ya ladaír de dominado puede reclamar el derecho de acero

sin antes renunciar a su título actual. ¿Debo entender que Corhelm Fuerza de Oso, uno de los cinco Grandes Ladaíres de Etura, quiere dejar de serlo?

Todos los ojos de la sala se centraron en el aludido, que permanecía sonriente ante todo cuanto se decía. A Úlricht le irritaba sobremanera que fuese tan fanfarrón. Algún día le borraría aquella estúpida arrogancia de los labios.

—No seré yo quien haga valer el derecho de acero —respondió Corhelm—. Igaelm lo hará por mí, ¿no es cierto?

Igaelm levantó la mirada del suelo, sorprendido. No parecía tan convencido como su hermano.

—Árodur e Igaelm —volvió a hablar la Saber, con tono triunfal— son amigos desde que eran niños. Han crecido juntos. Nunca lucharán entre ellos.

—¿Amigos? —La expresión divertida de Corhelm cambió de súbito—. ¿Es eso verdad, hermano?, ¿te has hecho amigo de un Ur? ¿De un Ur? —Aquella última pregunta resonó con inusitada fuerza.

Igaelm agachó la cabeza de nuevo, sin decir palabra.

—Así que es cierto... —Corhelm apretó puños y dientes, como si estuviese haciendo un gran esfuerzo por contener su furia—. No eres digno de nuestro clan, Iga.

—¿Iga? —Igaelm alzó la vista con el horror reflejado en el rostro—. No, no puedes... Nadie puede negarme la sangre con la que he nacido. Ni siquiera tú...

—Debemos hacerlo, Igaelm —intervino de pronto otra voz, diferente. El llamado Árodur había dado un paso al frente, despuntando de entre los candidatos, cerca de Igaelm—. Tu hermano tiene razón: el Ladaír debe ser el más fuerte de todos nosotros. Tenemos que estar preparados para lo que pueda ocurrir.

—Árodur... —titubeó el hermano de Corhelm—, sabes tan bien como yo que el combate por derecho de acero es...

—A muerte —terminó el otro con calma—. Sí, lo sé.

Aquel Ur tenía los ojos más tristes que Últricht había visto jamás; unos ojos que parecían haber mirado a la muerte y que

rogaban por la suya. ¿Qué clase de desgracias habrían contemplado?

Igaelm observó a su amigo con una mezcla de confusión y pena.

—Está bien —acabó diciendo—. Reclamo mi derecho de acero, pues.

—¡Detened esta locura! —La Saber volvió a levantarse de la silla. También lo hicieron las otras tres que la acompañaban en la mesa.

Y los presentes comenzaron a discutir entre ellos, armando un gran bullicio.

—¡Silencio!, ¡silencio! —Era la segunda vez que el dháetur tenía que imponer el orden a su gente, y bien fuese por respeto o bien por miedo, la segunda que lo obedecían—. Igaelm ha reclamado el derecho de acero y debemos hacer honor a nuestra ley, la mismísima palabra de Eturión. Desoírla sería desoír los designios de nuestro dios padre, y no haremos tal cosa. Hacedos a un lado. Tenemos un combate que celebrar.

Nadie se atrevió a protestar. Arrastraron las mesas hacia los extremos y despejaron el centro del salón, creando un espacio circular para la lucha. Árodur e Igaelm se colocaron en

medio, solemnes, frente a frente, y el dháetur se situó entre ambos, diciéndoles:

—Desenvainad y cruzad vuestras espadas.

Los combatientes obedecieron a la vez, cruzando los filos. Se respiraba un ambiente tenso, mudo, solo alterado por el sonido de los dos aceros al acariciarse.

El dháetur agarró los brazos armados de ambos guerreros.

—Repetid conmigo —dijo—: hoy, me enfrento a un hermano. —Hizo una pausa para que Árodur e Igaelm repitiesen sus palabras, lo cual hicieron—. No siento odio hacia él ahora, ni sentiré rencor después —se detuvo de nuevo—, pues Eturión nuestro dios escogerá al más digno de nosotros, al fuerte brazo que guiará a sus hijos... Lo mejor para Eturia será lo mejor para mí, aunque ello sea mi muerte.

Cuando los candidatos terminaron de pronunciar la ceremonia, apagándose sus voces como si fuesen un par de ecos lejanos, el dháetur les soltó los brazos, dejando que separasen las espadas y se alejaran hasta detenerse a unos diez pasos el uno del otro.

—Que comience el combate —dijo el

chamán de Eturión al tiempo que retrocedía.

Pero nada sucedió. Igaelm y Árodur se miraban sin atacarse, como dos estatuas de carne y hueso. Los asistentes tampoco se movían. Ni siquiera hablaban.

—He dicho que combatáis —insistió el otro.

Igaelm hizo amago de tomar la iniciativa, pero se mantuvo en su posición. Sus ojos expresaban muchas cosas, y ninguna de ellas era ansia por combatir. Parecía más bien que estuviesen a punto de llorar.

—¿Qué te pasa, amigo mío? —dijo Árodur, impasible—, ¿por qué no me atacas?, ¿dónde está todo ese mal genio que siempre tuviste?

—No... no puedo —vaciló Igaelm.

Úlricht escuchó a Corhelm maldecir por lo bajo.

—Lo mataré —decía—. Juro que mataré a ese idiota.

Y, justo en ese momento, Árodur miró a Corhelm. Tal vez lo hubiese escuchado. Pero si lo había hecho, no se advirtió ningún cambio en su gesto. No obstante, sus ojos ya no eran los de un hombre triste. Había florecido un extraño brillo en ellos.

Sin previo aviso, Árodur cargó contra Igaelm, obligándolo a levantar la espada para defenderse. Y a la primera acometida le siguió otra, y después otra. Una lluvia de estocadas cayó sobre el hermano de Corhelm, que interpuso su mandoble con ambas manos.

—¡Árodur, detente, por favor! —imploró Igaelm con la voz entrecortada.

Árodur era bastante rápido. Igaelm tenía que invertir todo su tiempo en esquivar y detener los golpes, sin margen para contraatacar, aunque tal vez no quisiera hacerlo. La defensa de Igaelm, básica pero recia, era similar a la que usaba Corhelm cuando peleaba, y Últricht no creía que fuese una casualidad. Era una técnica de mandoble cruzado bastante eficiente, de movimientos cortos y precisos, ideal para luchadores lentos y corpulentos como los Elm. Pero el precio a pagar era una ventana de contraataque muy reducida.

Y los golpes seguían cayendo. Igaelm debía esperar a que su amigo —ahora enemigo— acusase el cansancio para poder tomar la iniciativa. Pero Árodur no daba ninguna muestra de agotamiento. La expresión del Ur

permanecía inmutable, como si la rápida avalancha de ataques que estaba lanzando no le supusiera esfuerzo alguno.

—¡Por favor, detente! —suplicó Igaelm, conteniendo cada embestida.

Pero Árodur no se detuvo. Su largo cabello trenzado se agitaba en el aire, mientras el entrechocar de los aceros resonaba en las paredes del Gran Salón de la Casa de los Clanes.

—¡He dicho que te detengas! —rugió Igaelm. Y cargó hacia delante, propinando un duro golpe con la empuñadura de la espada en el mentón de su contrincante.

El Ur se desequilibró hacia atrás, dejando la guardia abierta. Igaelm aulló, fuera de sí, y dio un paso al frente, ensartando con su acero el pecho de Árodur.

Últricht estaba impresionado. En menos de lo que duraba un parpadeo, el hermano de Corhelm había convertido su defensa en un demoledor contraataque. Los Elm eran eturios en verdad temibles.

Árodur tosió y un gran esputo de sangre salió de su boca, derramándosele por las ropas.

Se tambaleó hacia delante, e Igaelm, que se había quedado con la boca abierta observando el resultado de su ofensiva, se apresuró a sujetar a su amigo, dejándole la espada atravesada en el pecho.

—Árodur... no... ¿Qué he hecho, por Eturión? ¿qué he hecho? Lo siento, yo no quería... —La voz de Igaelm temblaba, a punto de quebrársele.

—Has hecho lo que debías, amigo mío —respondió Árodur. Las piernas le tambalearon y cayó de rodillas

Igaelm se arrodilló con él.

—¿Por qué no lo esquivaste? —gritó—. Sé que habrías podido, ¡¿por qué no lo hiciste?! —Y entonces, rompió a llorar.

Árodur le sonrió con ternura, alzó un brazo tembloroso hacia él y le acarició una mejilla con el dorso de la mano.

—Lo... siento —dijo, con la voz ya entrecortada, débil—, no podía dejar que murieses... Pero no te preocupes. Sé que nos volveremos a ver... algún día...

La mano del Ur cayó al mismo tiempo que su cabeza, que fue a detenerse sin vida contra

el pecho de Igaelm.

El combate había terminado.

—Vámonos de aquí, maldita sea, vámonos.
—Corhelm ya caminaba hacia la puerta de salida.

Últricht lo siguió y dejaron atrás la Casa de los Clanes, tomando el camino que los conduciría fuera de la ciudad.

—Maldito traidor indigno de su nombre...
—murmuraba Corhelm—. Mi propio hermano amigo de un Ur... ¡de un jodido Ur!

—¿Vas a expulsarlo del clan? —preguntó Últricht.

Corhelm meditó su respuesta sin dejar de andar.

—No —terminó diciendo—. Ahora Igaelm es el ladaír de este sitio de mierda, y procurar que eso sucediese fue precisamente el motivo por el que vinimos aquí. Si lo aparto del clan, el muy cabrón no pondrá a los guerreros de este dominado a mi disposición, por mucho que se lo pida. —Y tras un corto silencio añadió—: Y no tardaré en hacerlo.

Ansur bajaba por una de las vías principales de La Antigua. Había llovido toda la mañana.

El empedrado del suelo estaba mojado y los grises tejados de pizarra dejaban caer las últimas gotas de agua que habían recogido, impregnando el ambiente de un olor a humedad. A Ansur le gustaba el aroma fresco que la lluvia dejaba tras de sí.

Sujetando la empuñadura por delante de la frente, cargaba con su arma al hombro como si fuese un gran tronco de leña. Era una espada más larga y pesada de lo normal, por lo que no podía llevarla colgada de un cinto a menos que quisiera ir arrastrándola por ahí. Y no quería. Le tenía mucho aprecio. Se la había regalado su abuelo Brandur el día que, para bien o para mal, se convirtió en adulto, hacía cinco soles ya.

Su abuelo era el Gran Ladaír de Ur La Antigua, el dominado más importante de Etura, o eso decía la gente. Y también decía

que Brandur era el eturio más fuerte que el mundo había conocido. Por eso le habían puesto varios nombres muy ocurrentes que ponían de relieve su condición: Brandur el Invencible, Brandur Puño de Hierro —porque de verdad tenía una mano de hierro—, Brandur El Que No Muere... y algún otro que Ansur no recordaba.

La Antigua tenía dos portones en su amurallado: uno apuntando al este y otro al oeste; y en ambos desembocaban las dos anchas calles que descendían desde la casa del Gran Ladaír, en lo más alto del monte sobre el que se asentaba la ciudad. Ansur recorría una de aquellas calles, yendo hacia el descampado en el que solía entrenarse, fuera ya de las murallas. Le gustaba estar a solas, lejos de ojos ajenos, aunque reconocía que echaba de menos adiestrarse con su abuelo. Habían pasado más de veinte días desde la última vez. Al parecer, el viejo estaba muy ocupado con todo eso de ser ladaír.

A Ansur no le gustaba caminar por la ciudad, porque tenía que cruzarse con la gente, algunos de su propio clan y otros aún más

imbéciles. Siempre bajaban la vista al verlo pasar, evitando mirarlo a los ojos. Y, cuando consideraban que Ansur se había alejado lo suficiente, murmuraban por lo bajo.

Pero hacía días que sus vecinos ya no tenían tiempo para cuchichear acerca de él. El chisme del momento era el próximo Concilio de los Cinco, una asamblea en la que los ladaíres de los cinco dominados más importantes de Etura se reunían para tratar asuntos también muy importantes. O eso decían...

La gente decía demasiadas cosas, concluyó Ansur.

Ojalá no tuviese tan buen oído para no tener que escucharlas.

Un grito lejano penetró el aire, seguido de unas risas amortiguadas. Miró en dirección al sonido, hacia una de las calles que circundaban la ciudad. No vio nada. Pero como estaba seguro de conocer la voz que había gritado, siguió su instinto de cazador. Y en efecto, acabó captando el olor de Elmsa.

Apuró el paso, sirviéndose de su olfato para guiarse por las callejuelas. Y entonces la encontró: Elmsa estaba en un angosto callejón

sin salida, acorralada por cuatro jóvenes.

«Maldita niña —se quejó Ansur para sus adentros—, ¿cuándo aprenderá a cuidarse sola?»

Elmsa era de esa clase de personas que no buscaban problemas pero que siempre acababan encontrándolos. Ansur comprendía el motivo mejor que nadie, pero nunca comprendería por qué no se defendía.

Conforme se iba acercando, reconoció el olor de uno de los hombres que le daban la espalda en su intento de arrinconar a Elmsa contra unas cajas: era Braist, un cretino con aires de grandeza del clan Ist, el más numeroso de la ciudad y también el más débil: entre todos no sumaban la fuerza de un único Ur.

A Braist siempre lo acompañaban tres idiotas de los que Ansur desconocía el nombre, aunque le parecía que dos de ellos eran del clan Orm, tontas ovejas de los Ist, y el otro un Tar.

—Te he ordenado que repitas lo que has dicho antes —decía Braist. Había agarrado a Elmsa por las muñecas—. Vamos, retrasada. —La zarandéó—. Repítelo.

Elmsa no dijo nada. Sacudía los brazos,

tratando de zafarse. No había advertido la presencia de Ansur. Nadie lo había hecho.

—Estúpida —dijo Braist, arrojándola al suelo.

Y comenzó a subirse la falda.

—Oye —vaciló uno de sus camaradas—, ¿qué vas a hacer?, ¿no irás a...?

—Haré lo que me plazca.

—No —le instó el otro—. Si el Ladaír se entera...

—¡Ja! —gritó Braist, con tono triunfal—. ¿Y qué si se entera? Mi padre le dejará claro a esa vieja gloria quién manda en esta ciudad. Y de todos modos, no se enterará... —Se puso de rodillas junto a Elmsa y sacó un cuchillo del cinto—. Esta olvidada de Eturión que no sabe ni hablar no le contará nada a nadie, ¿verdad, niña estúpida? —le preguntó a Elmsa mientras le separaba lentamente las piernas con la hoja de la daga.

—Para ser este un callejón sin salida —intervino Ansur de repente—, hay más gente aquí de la que esperaba.

Braist y sus amigos se volvieron hacia él.

—¿Llego en mal momento? —les preguntó

pasados unos instantes al ver que no reaccionaban.

Braist apretaba el puñal con tanta fuerza que los nudillos le palidecían. La mano le temblaba, pero al menos mostraba cierta entereza; no como sus valientes guardianes, que ya habían dado un par de pasos atrás. No perdían de vista el acero que Ansur llevaba al hombro.

—¿Por qué abris tanto la boca? —porfió él—. ¿Tenéis hambre?

Echó un vistazo a Elmsa: seguía en el suelo, mirándolo mientras negaba con la cabeza, llorosa. Y él supo que su amiga estaba avergonzada de sí misma.

Nada nuevo.

—¿Qué haces tú aquí, piel sucia? —reaccionó Braist, al fin. Pero sus osadas palabras no pudieron ocultar el pánico que se intuía tras ellas.

Apeataba a miedo. Y Ansur ya se había acostumbrado a tener aquel olor a su alrededor. Lejos quedaban los tiempos de su niñez, en los que tipos como aquel, de su misma edad, se reían de él. Lejos en su cabeza, aunque recientes en el tiempo.

Ansur no respondió. Se limitó a escrutar al Ist con la mirada hasta que este bajó la suya. Pocos soportaban el contacto directo de la mirada de Ansur, el único eturio conocido cuyos ojos no eran azules, sino grises. Y eso no era todo. También era el único de piel trigueña; el único que había tardado cinco soles de más en crecer hasta su estatura adulta, y el único que, en un ataque de rabia, se había cortado la cabellera, sagrada para cualquier eturio de bien, a la altura de la nuca.

Lo había hecho el día que cumplió doce soles. Un hombre eturio alcanzaba la plena madurez de su cuerpo con esa edad, pero en ese entonces, Ansur no había crecido mucho más de lo que lo habría hecho un pequeño humano del sur. Y todos, incluido él, creyeron que iba a quedarse así. Sin embargo, durante los cinco soles que siguieron, Ansur siguió creciendo y creciendo, y ahora no había un solo habitante en La Antigua que lo igualase en altura y musculatura.

—¿No me has oído, piel sucia? —le insistió Braist, con palabras trémulas. Se esforzaba en sostenerle la mirada—. ¿Qué haces aquí?

—Estaba de paso —contestó Ansur, fingiendo desgana—, y como vi que os divertíais, me acerqué para que pudiésemos divertirnos todos. Antes me pareció escuchar un chiste muy gracioso, algo de que el memo de tu padre le iba a enseñar a mi abuelo quién manda en La Antigua.

—¿Cómo te atreves...? —empezó Braist.

—Largo de aquí, comemierda —le espetó Ansur antes de que pudiese terminar.

El otro se apresuró a guardar el cuchillo en el cinto y agarró una espada en su lugar, sacando un palmo de hoja de la vaina.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —exclamó—. ¡Tú, asqueroso monstruo de sangre negra! ¡Tú, hijo de Iltaur el Oscuro!

Ansur apretó la empuñadura de su espada. Por un momento, se vio a sí mismo seccionando la cabeza de aquel ser inmundo. Y los otros tres se daban a la fuga, pero los perseguía y los cortaba por la mitad con un único tajo. La sangre fluía, rellenando el adoquinado de la calzada...

La escena duró un instante dentro de su cabeza, pero para él habían sido días. Estaba

seguro de que aquellas visiones eran fruto de esa sangre a la que había aludido Braist: la sangre que lo ataba a su padre, un hombre muerto al que ni siquiera había conocido.

Itaur.

Algunos lo apodaban el Oscuro. Había sido un hombre malvado, un eturio de corazón sombrío que, con sus actos terribles, había roto con su pueblo y su propio clan.

Ansur deseaba con todas sus fuerzas no ser como su padre, pero, el saber que había heredado su sangre, aquella negra maldad que siseaban las malas lenguas, lo corroía noche tras noche en la soledad de su camastro. «Hijos del lobo, lobeznos», solía decirse, y tal vez fuera cierto. Ansur había crecido asustado de sí mismo, temeroso del monstruo que dormía en su interior, temeroso de que algún día despertase. Era un pensamiento que lo obsesionaba.

«Oscuridad, oscuridad, oscuridad...», resonaba en su cabeza una y otra vez.

—Marchaos de aquí o moriréis —dijo de pronto.

El rostro de Braist se tornó más lívido de lo

que ya era, y giró el cuello hacia sus compañeros.

—Vámonos —les dijo.

Nadie que los viese podría negar que estaban asustados.

Ansur no tardó en percibir la brisa de aquellos cuatro cobardes pasando por su lado, corriendo, sin mirar atrás. Y Elmsa rompió a llorar, abrazándose a sus propias piernas dobladas por las rodillas, enterrando el rostro en ellas.

—Levántate —le dijo Ansur, firme.

Ella lo observó con cara de no haberlo entendido, ladeando la cabeza como siempre, pero acabó incorporándose de forma un tanto lastimera.

—Ya eres una mujer adulta, joder —le recriminó Ansur—, deja de comportarte como una cría estúpida. ¿Cuándo vas a aprender a defenderte sola?

Elmsa apretó los labios y nuevas lágrimas le resbalaron por las mejillas. Ansur nunca había comprendido por qué la gente lloraba. ¿Solucionaban algo haciéndolo?, ¿acaso esas lágrimas arrastraban sus penas y sus temores

fuera de sus cuerpos?

Si era así, entonces a él también le gustaría poder llorar.

—Elmsa lo siente mucho —sollozó ella—. Elmsa n-no es muy inteligente.

Al igual que él, Elmsa tampoco era una eturia común. Actuaba como una niña encerrada en un cuerpo de mujer y tartamudeaba al hablar. Cuando se ponía nerviosa, tartamudeaba aún más.

Aparte de ellos dos, no había —que Ansur supiese— más eturios defectuosos. Sin ellos, Etura sería un lugar perfecto, con gente perfecta y todo lo demás jodidamente perfecto, puro e impecable.

Elmsa lo observaba con inocencia, como si estuviese esperando algo de él, tal vez alguna palabra de ánimo que no llegaba. Sus ojos cándidos y azules eran de los pocos capaces de sostenerle la mirada, sin miedo, sin odio, sin juzgarlo.

A Ansur le habría gustado acariciarle la mejilla, secarle las lágrimas y decirle que todo estaba bien. Pero no lo hizo. En lugar de eso, dio media vuelta y se fue, sin decir nada,

escuchando cómo Elmsa rompía a llorar detrás de él, cada vez más lejos.

Ansur volvió a cortar el aire con la espada. Aunque era un mandoble de buen tamaño, estaba acostumbrándose a manejarlo con una mano. Sudaba mucho, y el antebrazo había comenzado a arderle por el esfuerzo.

«Vamos, una vez más», se dijo.

Lanzó un nuevo tajo a la nada, más enérgico que el anterior, y el acero silbó al viento, frenándolo en el momento justo a la altura de la cintura. El cabello le cayó empapado por delante de los ojos, y la quemazón de sus músculos se volvió tan insoportable que lo obligó a soltar el arma.

Se agarró al brazo y contempló la temblorosa palma de su mano. En total, había dado cincuenta y tres golpes. Dos menos que el día anterior.

Maldijo en voz baja.

Hubo un breve destello de luz que dejó un trueno tras de sí, y unas finas gotas de agua comenzaron a mojarle la piel. Levantó la cabeza para sentir la caricia de la lluvia en el rostro.

Le gustaba la lluvia.

Se dejó caer en la hierba. Y allí tendido, se limitó a contemplar el cielo agrisado, a empaparse del llanto de las nubes y a escuchar la melodía de la tormenta.

Cerró los párpados.

Otro trueno, más fuerte que el anterior, retumbó en las montañas, y la débil llovizna se convirtió en un grueso aguacero que inundó el ambiente con su murmullo.

—¿Tomándote ya un descanso? —dijo una voz, amortiguada por la distancia y el sonido de la lluvia.

Ansur dio un respingo y se incorporó. A unos pasos de él, había una figura de pie, pequeña y ataviada con capa y capucha. Parecía un niño, y sin embargo la voz le había sonado como la de un hombre. Solo podía ser Menestas.

Ansur entornó la mirada, intentando

discernir el rostro bajo el manto rojo, y entonces advirtió las enjutas facciones del humano. La lluvia había camuflado su olor y mitigado el ruido de sus pisadas. Por eso Ansur no lo había escuchado llegar, ni tampoco lo había olido.

—¿Te molesto? —preguntó Menestas.

—Sí. —Se dejó caer otra vez sobre la hierba. El humano se echó a reír.

—Seguro que no lo dices en serio. —Se acercó. Aun siendo tinsalio, Menestas hablaba eturio a la perfección, aunque con un ligero acento—. ¿Cómo te ha ido el entrenamiento de hoy?

—Mal.

Menestas era el primer humano que Ansur había conocido, y el único hasta hacía unos días. No solían verse tipos de su pequeña raza por Eturia. El norte era poco amigable con los forasteros. Y, en ese sentido, Ansur era más norteño que nadie. No obstante, reconocía que no le disgustaba del todo aquel humano de carácter afable. Era del sur, del otro lado del Muro; y, debido a su profesión, había viajado de extremo a extremo del mundo conocido

mercadeando con toda clase de bagatelas. Por eso siempre tenía una historia que contar y lugares extraños de los que hablar.

Pero, a diferencia de Elmsa, que absorbía con ansia aquellas estúpidas historias, a Ansur no le importaba nada de lo que hubiese más allá del Muro; ni le importaban los humanos del sur; ni los del este; ni tampoco el *mar* ese del que tanto había oído hablar: algo así como un río ancho al que, decían, no se le veía la otra orilla. Tonterías.

Menestas llevaba mucho tiempo visitando La Antigua: al menos, desde que Ansur contaba con uso de razón. Aquel tinsalio siempre había tenido alguna palabra amable para él cuando pocos la tenían. En realidad, era lo más parecido a un amigo que Ansur había tenido nunca, tal vez más por el paso del tiempo que por otra cosa.

Menestas lo había visto crecer, y Ansur, a su vez, lo había visto a él envejecer, pudiendo comprobar lo mal que se portaba la edad con los de su especie: estación a estación, el negro cabello del tinsalio había ido tiñéndose de gris, y la piel alrededor de sus ojos y labios se le

había ido arrugando, como si se le encogiese en la misma medida que el resto del cuerpo, cada vez más encorvado.

Sí, el paso del tiempo era cruel con los humanos, pero a cambio vivían bastante más que los eturios. No hacía mucho que Menestas le había dicho que tenía sesenta y cinco *años* —los tinsalios llamaban así a los soles—, y eso significaba que superaba en once a la Saber más longeva de La Antigua.

—Veo que hoy estamos parlanchines, ¿eh? —ironizó Menestas, esta vez en perfecto tinsalio.

—Tú, sin embargo, no dices una palabra, ¿eh? —replicó Ansur, en el mismo idioma.

Hablaba tinsalio desde que era niño porque su abuelo lo había obligado a aprender. «Tu madre así lo habría querido», le había asegurado.

Memeces, pensaba Ansur, ¿por qué iba a querer su madre que aprendiese la lengua de los humanos del sur?

Fuera como fuese, ya no importaba. Estaba hecho.

Escuchó el roce de las pisadas del viejo

mercader acercándosele. Sin hacer ademán de levantarse, entreabrió un ojo para mirar. El agua corría abundante por la capucha del sonriente hombrecillo.

—No te vayas a mojar, viejo —dijo Ansur, ahora en eturio—. Tengo entendido que a los humanos os pasan... —dudó—... cosas cuando os mojáis, no recuerdo cómo se dice.

—¿Te refieres a que caemos *enfermos*? —Menestas pronunció la última palabra en tinsalio porque no existía el equivalente en eturio.

—Eso. Que sois *enfermos*.

Menestas afirmó con la cabeza, risueño, y dijo:

—Y no solo somos *enfermos* cuando nos *resfriamos* por el frío o la lluvia, sino que a veces lo somos sin más, sin motivo, y acabamos muriendo por ello.

—Es una mierda ser humano.

—Sí que lo es... —El tinsalio lanzó un profundo suspiro y se tiró panza arriba sobre la hierba mojada, al lado de Ansur.

Estuvieron un buen rato sin hablarse. La cualidad de Menestas que más le gustaba a

Ansur era precisamente aquella: sabía estar en silencio. Y, cuando no lo estaba, utilizaba las palabras justas para lo que quería decir.

—¿Qué le ha pasado hoy a Elmsa?
—preguntó de repente el humano, con la mirada fija en el cielo gris.

—Nada —respondió Ansur con sequedad.

—«Nada» no hace llorar a nadie.

«Ya está el viejo este con su jodida lógica...», pensó Ansur.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó.

—Me crucé antes con ella y vi que tenía los ojos rojos de llorar. Le pregunté qué le había pasado, pero no quiso contármelo.

—¿Y cómo sabías que yo estaba al tanto de lo ocurrido?

—No lo sabía, solo lo sospechaba. Aunque, por supuesto, ahora lo sé.

Ansur giró la cabeza sobre la humedad del césped para mirar a Menestas. El viejo dibujaba una pícara sonrisa en los labios. Cada vez que sonreía de aquel modo le salían dos arrugas bordeándole las comisuras de la boca.

Ansur se preguntaba si todos los humanos eran tan astutos como aquel.

—¿Y bien? —insistió Menestas—, ¿vas a contarme lo que pasó o no?

—Lo de siempre —resopló de mala gana—. Si no estuviese bajo la protección de mi abuelo, esa chica ya habría muerto.

—Pero tu abuelo no es el único que la protege, ¿verdad? Tú... tú también lo haces. —El tinsalio levantó una ceja.

Ansur masticó la respuesta durante unos instantes.

—Tal vez —resolvió, escueto.

—Hace unos días que veo a Elmsa más inquieta de lo normal. Quizás sea porque su padre viene a la ciudad.

—¿Tiene padre?

—¿Pero en qué mundo vives, muchacho? Elmsa y tú habéis crecido en la misma casa, casi como hermanos, ¿y no sabes quién es su padre?

—Nunca se lo pregunté —contestó Ansur, quitándole hierro al asunto—. ¿Qué más da eso?

Menestas se incorporó, sentándose sobre la hierba con gesto de asombro.

—A veces pareces tonto —le espetó sin rodeos—. Deberías hablar más a menudo con

tu abuelo. Fue él quien expulsó al padre de Elmsa de La Antigua y a todos los de su clan con él. A todos salvo a Elmsa, claro.

—¿Y por qué haría mi abuelo tal cosa?

—Eso será mejor que se lo preguntes a él, ¿no crees?

Ansur cruzó las manos por detrás de la cabeza, a modo de almohada. Nunca se le había ocurrido pensar en aquello.

—Si es verdad lo que dices —dijo—, no creo que ese Elm pueda cruzar las murallas de la ciudad con la cabeza sobre los hombros. ¿Por qué se arriesga a volver aquí?

—Corhelm ya no es un simple exiliado al que Brandur pueda rebanarle el pescuezo: ahora es un Gran Ladaír, uno de los Cinco.

—¿Igual que mi abuelo?

—Eso es. —Menestas asintió con gravedad.

—¿Y viene al Concilio ese de los Cinco Grandes Idiotas del que todos hablan?

—En realidad, ha sido Corhelm quien lo ha convocado. Como es uno de los Cinco, tiene derecho a hacerlo. Y los otros cuatro tienen la obligación de acudir a su llamada.

—¿Y para qué los ha llamado?

Menestas dejó caer la cabeza entre las rodillas, en un cómico ademán de impaciencia.

—¿Qué? —se molestó Ansur—. No soy el único que no lo sabe.

—Vamos —dijo Menestas alzando su sagaz mirada marrón hacia él—, piensa un poco. ¿Qué ha ocurrido últimamente que haya podido motivar la llamada de Corhelm?

Ansur creyó adivinar a dónde quería llegar el viejo.

—¿Te refieres al tinsalio que vino a ver a mi abuelo? —preguntó, aunque no entendía de qué modo podía interesar algo así al padre de Elmsa.

—Exacto.

Quince días atrás, había llegado a La Antigua un hombre montado en un caballo diminuto y rojizo. Después de Menestas, aquel había sido el segundo humano que Ansur había visto en su vida. Y no podían ser más diferentes el uno del otro.

Ansur recordaba bien al visitante: joven, atlético y cabello negro como el carbón; llevaba una espada colgada del cinto, por lo que debía de ser un guerrero entre los suyos.

Insignificante, sí, pero guerrero al fin y al cabo. Había solicitado audiencia con el Gran Ladaír, y se le había concedido.

Ansur ignoraba de qué habrían hablado en aquella reunión, pero sí sabía que los asistentes —el estúpido dháetur de La Antigua, los Fuerzas y Saberes de unos cuantos clanes y, por supuesto, su abuelo— habían discutido entre ellos a causa del sureño.

El tinsalio se fue el mismo día que llegó, dejando tras él un curioso regalo: dos palomas en una jaula. Ansur las veía a diario en el salón principal de su casa.

—Hubo una reunión y... —Se detuvo nada más empezar y, al poco, añadió—: No entiendo nada de lo que está pasando.

—¿Pero es que no sabes de qué hablaron en aquella reunión?

Ansur no respondió a la pregunta, dando con ello su respuesta.

—Por las tetas de la Antigua Diosa... No puede ser que vivas en la casa del Ladaír y no te enteres de estas cosas.

—¿Deberían importarme?

—Sí, deberían. —El semblante de Menestas

se había tornado severo.

—Pues muy bien, ¿de qué hablaron entonces? Parece que tú sí estás enterado.

—Pues hablaron, mi querido chico, de iniciar una guerra, la más grande y sangrienta que el mundo haya visto jamás.

Elmsa sentía la fuerza de Tánalan entre sus piernas. La yegua galopaba con furia, resollando como si necesitase expulsar del cuerpo toda la energía que había acumulado mientras descansaba en el establo.

A Elmsa se le daban mal muchas cosas, unas pocas regular y ninguna bien. Entre las regulares estaba montar a caballo: se entendía bien con Tánalan.

Juntas iban esquivando las ramas de los abetos, sintiendo el roce de la brisa en sus pieles sin detener la rabiosa huida. Y podrían seguir cabalgando al sur día y noche; alejarse de Ur La Antigua para ir a algún lugar donde no hubiese ojos que las maldijeran ni manos que las maltratasen. Podrían contemplar el Muro y más allá, admirarse con las maravillas de esas tierras extrañas de las que tanto hablaba el señor Menestas.

Sí, podrían. Pero Elmsa era demasiado

cobarde para hacerlo.

Tiró de la rienda, y Tánalan, temperamental aunque obediente, viró al norte, de vuelta a Ur. Surgió un grueso tronco en el suelo, nada más pasar unos arbustos, y la yegua saltó, obligando a Elmsa a levantarse sobre los talones y a aflojar la rienda entre los dedos. Un vacío en la boca del estómago le subió y bajó al mismo tiempo que su cabello al aire.

Elmsa sonrió. Adoraba aquella sensación, aunque a veces tenía miedo de que Tánalan no fuese a aterrizar bien tras alguno de sus grandes saltos.

Continuaron al galope hasta salir del Bosque de los Ancestros, a campo abierto, y enfilaron el verde valle entre montañas que las llevaría de vuelta a casa, bordeando el lago en el que tantas veces Ansur y ella se habían bañado de niños. El sol ya se había ido, dejando atrás un cielo gris; y la noche era para los lobos y los osos.

Espoleó a la yegua con un suave taloneo, y esta respondió acelerando aún más el ritmo. Tánalan nunca se cansaba. Era fuerte, y muy lista además. Era todo cuanto Elmsa deseaba ser.

Elmsa sabía que no era demasiado inteligente, y si en algún momento se le olvidaba, siempre había alguien para recordárselo. Algunas veces se lo decían con palabras y otras no, pero una mirada gélida decía más que un centenar malas palabras. Hasta ella entendía eso.

Desconocía por qué la gente la odiaba, y tampoco se le ocurría nada para remediarlo, aunque sospechaba que era lo normal en alguien de tan poca sesera como ella: hablaba mal, leía peor y escribía con caligrafía lenta y torcida. Había algo roto dentro de su cabeza. O eso le decían.

Pero no todo el mundo la odiaba. Había gente que era buena con ella, que no le recordaba sin cesar que era tonta y la hija de un «Elm traidor». El señor Menestas, por ejemplo, siempre había sido amable con ella, y en la casa del Gran Ladaír, donde Elmsa vivía, también la trataban bien.

Vivía con hombres muy importantes del clan Ur. El mayor de ellos era el señor Brandur, el Gran Ladaír. Decían de él que era el hombre más fuerte del mundo. Quizás lo fuese. Elmsa

era débil y frágil, y no sabía nada de esa clase de asuntos. El hijo del Ladaír, el señor Ainur, y el nieto, Ansur, también eran buenos con ella, aunque más distantes; sobre todo Ansur, con quien había crecido.

Lo quería mucho.

Ansur era bastante solitario, y Elmsa pensaba que tenía motivos para serlo: pese a ser el nieto del Gran Ladaír, la gente lo despreciaba, más incluso que a ella. Decían cosas malas de él, aunque nunca cuando estaba presente.

Elmsa estaba tan inmersa en sus pensamientos que, cuando quiso percatarse de a dónde la llevaba Tánalan, ya habían llegado. La yegua se había detenido frente a la cabaña de la señora Nadie. Los habitantes de La Antigua solían referirse a la mujer que vivía allí como «la moura de la cabaña», la «puta de la cabaña» y otros nombres con «puta», significase lo que significase.

Elmsa había escuchado que las mouras eran guardianas de conocimientos antiguos y peligrosos; que habían sellado pactos de sangre con dioses oscuros y olvidados; que tenían

misteriosos poderes con los que alargaban su vida de forma antinatural, y un montón de rarezas más que no lograba recordar. Pero Elmsa nunca había visto a su amiga haciendo nada raro, y tampoco se atrevía a preguntarle si todo lo que había oído de ella era cierto.

La señora Nadie vivía en una casita de madera muy maltrecha, alejada de las murallas de la ciudad porque no le gustaba la compañía. Pero a Elmsa siempre le decía que podía ir a verla cuando quisiera. Y ella lo hacía, todos los días que no se olvidaba de hacerlo.

La señora Nadie le había enseñado a leer y a escribir, aunque había tenido que gritarle un poco para que aprendiese. Elmsa necesitaba que le repitiesen las cosas muchas veces para poder recordarlas.

—¿Te vas a quedar ahí parada como una piedra o vas a entrar de una vez? —La voz de la señora Nadie surgió de dentro de la cabaña. La puerta de madera, de doble hoja horizontal, tenía la mitad de arriba abierta, dejando entrever la negrura del interior.

Elmsa se asomó al hueco. Sus ojos tardaron en acostumbrarse a la falta de luz, pero pronto

pudo distinguir a la señora Nadie sentada en un pequeño tallo de madera, al lado del fuego; el brillo plateado de su larga melena destacaba en la penumbra, cayéndole por la espalda hasta casi rozar el suelo. La moura se giró, la escrutó durante un instante con expresión severa, y a continuación se levantó para caminar hacia ella con paso resuelto.

La señora Nadie vestía de forma extraña: una única pieza de tela blanca se le enroscaba alrededor del cuerpo como una serpiente, desde el cuello hasta las piernas, dejándole parte del pecho, vientre y muslos al aire. Elmsa no entendía cómo era posible que aquel manto enrollado se le mantuviese así pegado al cuerpo. Pero a fin de cuentas, Elmsa no era demasiado inteligente.

La señora Nadie se detuvo junto a la puerta. Era más alta que Elmsa, aunque no mucho más. Tenía la cara pintada con una franja de hollín que le cruzaba de oreja a oreja, por encima de nariz y ojos. Daba un poco de miedo.

La moura liberó el pasador y dio media vuelta, sin decir nada, yendo a sentarse de

nuevo frente al fuego.

Elmsa empujó la puerta que acababan de abrirle, adentrándose en la cabaña al tiempo que echaba un vistazo a los lados. Nunca dejaba de maravillarse de los chismes y cachivaches que su amiga acumulaba por todas partes. Había montones de cornamentas y cráneos de animal colgando del techo; piedras y frascos de todos los colores imaginables llenando estanterías y mesas, y también armas de lo más curiosas colgadas de paredes y techo: desde espadas de acero blanco y hachas de hoja de cristal, hasta una extravagante maza de guerra, cuyo mango era un tronco de madera sin labrar y la cabeza un pedrusco negro.

—¿Tienes hambre? —preguntó la señora Nadie mientras removía la cazuela humeante que tenía al fuego. Olía bien.

Las tripas de Elmsa rugieron de repente.

—Supongo que eso es un sí —dijo la moura. Tenía muy buen oído—. Ya pensaba que no vendrías hoy, niña. ¿Va todo bien?

—S-sí —mintió Elmsa, consciente de lo difícil que era engañar a su amiga. La señora Nadie siempre lo sabía todo.

—Ya veo —contestó ella—. ¿Y va todo bien con ese novio tuyo, niña?

Elmsa sintió un calor súbito en las mejillas.

—Ansur no-no es el novio de Elmsa, no-no señora Nadie, no —tartamudeó.

—Claro que no... —Hizo una pausa y añadió—: ¿Qué tal está?

Solía interesarse por Ansur.

—Ansur está b-bien —respondió Elmsa—. Es fuerte, muy fuerte, mucho, sí.

—Eso he oído... —dijo su amiga con aire meditabundo. Al cabo de un instante, se levantó, se envolvió la mano en un trapo y sacó la cazuela de las llamas para verter el contenido en dos cuencos de madera.

«Muy fuerte, mucho, sí...», barruntaba aún Elmsa para sí. Sabía que Ansur no era fuerte por casualidad: se esforzaba mucho para serlo, imponiéndose duros entrenamientos que duraban desde el amanecer hasta el atardecer. Elmsa lo observaba todos los días mientras lo hacía, oculta entre la vegetación. Le habría gustado ser como él: fuerte y valiente.

De pronto, notó la mano de la señora Nadie, agarrándola de la muñeca con firmeza.

—Espera niña —dijo la moura, sin soltarla—, o te quemarás, ¿recuerdas?

Elmsa descubrió que, absorta en sus cavilaciones, se había acercado ya el cuenco a la boca.

—¿En dónde tienes la cabeza? —se enfadó la señora Nadie—, ¿sigues preocupada por lo de Corhelm?

Elmsa había olvidado que pronto conocería a su padre, el terrible traidor al que todos maldecían por las calles de la ciudad. El señor Brandur le había contado una vez que su padre la había abandonado en La Antigua al poco de ella haber nacido, aunque Elmsa nunca había sabido el porqué. Quizás fuera porque estaba rota.

Pero aun habiéndola abandonado, Elmsa estaba ansiosa por conocerlo, y también a su madre. Tampoco la había visto nunca, no que ella recordase al menos. ¿Vendría con él? De su madre ni siquiera conocía el nombre; nunca le habían hablado de ella. Pero sabía que existía porque todo el mundo nacía de una madre, incluso ella.

—Me tomaré tu silencio como un sí —dijo la

señora Nadie. Se acercó a la boca el cuenco que sujetaba con ambas manos y sopló. Luego añadió—: Siento decirte esto, niña, pero... no deberías hacerte demasiadas ilusiones con tu padre. Corhelm no viene a La Antigua por ti, sino por las dos palomas que hay en la casa del Gran Ladaír. —Suspiró—. No debería haberse enterado, pero parece que aún le queda algún amigo en el dominado.

—¿Al p-padre de Elmsa le gustan las p-palomas?

—Estas sí.

—Elmsa las ha v-visto. Son bonitas.

La señora Nadie rio.

—A ti también te gustan, ¿verdad, niña? —preguntó con ternura—. ¿Te has fijado bien en ellas?

Elmsa miró al techo, intentado visualizar en su cabeza la jaula con las dos aves.

—Obsérvalas bien la próxima vez que te cruces con ellas —dijo la señora Nadie—. A veces, la verdad se esconde justo delante de nuestros ojos, donde nunca se nos ocurriría buscarla.

Elmsa ladeó la cabeza, confusa.

Su amiga volvió a sonreírle.

—Termínate eso y vete a casa. Está oscureciendo y el Ladaír estará preocupado por ti.

Elmsa subió los últimos escalones de piedra que ascendían a la cima de La Antigua.

Era casi noche cerrada, aunque algunas nubes habían tenido la bondad de apartarse para que la luna pudiese iluminar la ciudad. Los muchos tejados de la casa del Ladaír se recortaban en el enorme tapiz negro que formaba el cielo.

Elmsa vio a los dos guardias apostados bajo la galería que conducía al portón de entrada; estaban calentándose las manos en un brasero. La miraron de reojo al verla aparecer, pero luego actuaron como si no estuviera allí, como siempre.

Elmsa recorrió la galería, empujó una de las pesadas hojas del portón y entró en la antesala de la casa. El recibidor estaba iluminado con la

tenue luz de un puñado de lámparas de aceite. No parecía haber nadie.

Subió las escaleras que llevaban al amplio salón principal, una estancia de altos techos sustentados sobre dos hileras de columnas de madera. Al fondo estaba el asiento más importante de la ciudad, un sillón viejo aunque robusto. El señor Brandur se sentaba en él cuando tenía que recibir a alguien.

Las tablas del suelo crepitaron, quejándose del paso poco convencido de Elmsa. A los lados había puertas que conducían a otras estancias, y también a la parte de arriba de la casa, donde había varios dormitorios, incluido el suyo. Tenía bastante sueño.

De pronto escuchó un golpeteo, suave, continuo; y luego otro más que se unía al primero, repitiéndose y mezclándose ambos en una especie de melodía sin ritmo. Elmsa tardó unos instantes en percatarse de qué se trataba.

Se dirigió al fondo de la estancia y, a la derecha, contra la pared, vio la jaula. Las palomas aletearon inquietas tras los barrotes al percibir su presencia.

—N-no os asustéis —les dijo ella—. Elmsa no

v-va a lastimaros.

Como si hubiesen entendido sus palabras, las aves dejaron de aletear y comenzaron a caminar por el suelo de la jaula, moviendo sus pequeñas cabezas adelante y atrás. A Elmsa le parecían muy graciosas.

Recordando las palabras de la señora Nadie, se inclinó para observarlas más de cerca. «A veces, la verdad se esconde justo delante de nuestros ojos, donde nunca se nos ocurriría buscarla», le había dicho su amiga. Elmsa estaba segura de que la moura no se lo había dicho porque sí, pero no veía la verdad por ninguna parte, solo a dos hermosos pájaros de color gris azulado y ojos dorados.

Pero entonces se fijó en que una de las palomas tenía algo atado a la pata, un objeto diminuto y alargado que pendía de un cordel rojo. La otra paloma también tenía algo amarrado a la pata, aunque el lazo era azul en vez de rojo.

Elmsa pegó el rostro a los barrotes para ver mejor, y las palomas, asustadas, volvieron a batir las alas, levantando una nube de plumas. Así era imposible ver nada.

—Elmsa. —Una voz grave resonó a su espalda, haciéndole pegar un brinco—. ¿Dónde estabas, muchacha?

El señor Brandur la observaba con una mezcla de enfado y preocupación. Como era un eturio muy alto, Elmsa apenas le sobrepasaba la altura de los hombros, extraordinariamente robustos.

El señor Brandur era viejo, tanto que ya debería haber muerto. Por supuesto, Elmsa no quería que eso pasase, pero el abuelo de Ansur ya había cumplido cincuenta soles, convirtiéndose en el primer y único hombre eturio que alcanzaba semejante edad. Era por eso que la gente de la ciudad había comenzado a llamarle Brandur El Que No Muere, añadiendo dicho sobrenombre al otro por el que solían referirse a él: Puño de Hierro.

La mano derecha del Gran Ladaír no era una mano de carne y hueso como la de los demás, sino un trozo de hierro con forma de puño; lo llevaba unido al brazo con unas gruesas cinchas de cuero.

El pueblo de La Antigua lo respetaba mucho. Y, por extraño que pareciese, aquellos

que lo respetaban eran los mismos que despreciaban a su nieto, sangre de su sangre. A Elmsa le resultaba difícil de entender, tal vez porque no era demasiado inteligente.

—¿Dónde estabas? —volvió a preguntarle el Ladaír.

—Elmsa estaba en la cabaña de la sseñora N-Nadie... —contestó ella, agachando la cabeza.

—Elmsa... —El señor Brandur le puso las manos sobre los hombros. Una de ellas se sentía firme y reconfortante, la otra sólida y fría—. Primero: te he dicho muchas veces que no me llames señor; y segundo: ¿qué hemos hablado acerca de ver a esa mujer?

—P-pero ella es buena —se apresuró a decir Elmsa—. No es cierto lo que dicen de ella. N-no-no lo es.

El señor Brandur le dedicó una sonrisa afectuosa.

—Está bien... Está bien... —Giró el cuello hacia la jaula—. Son bellas, ¿verdad? Las palomas del sur son diferentes de las nuestras, ¿te habías dado cuenta?

—Ssí —contestó Elmsa. Y tras una vacilar

un instante, añadió—: P-pero...

—¿Qué sucede, muchacha?

—Tienen algo en la p-pata.

—Ah, así que lo has visto. —El señor Brandur se mostró satisfecho—. ¿Y qué crees que es?

—No, no, no lo sé —admitió ella.

Posándole otra vez la mano sobre el hombro, el abuelo de Ansur orientó a Elmsa hacia la jaula.

—Fíjate bien —le dijo.

Elmsa obedeció y, esta vez, las palomas no se asustaron. A lo mejor, estaban cansadas de aletear. Los minúsculos objetos que colgaban de sus patitas, uno anudado con un hilo rojo y el otro azul, tenían forma cilíndrica, como si fueran diminutas hojas de pergamino. De hecho, Elmsa estaba bastante segura de que lo eran.

Miró al señor Brandur, curiosa.

—¿Lo has visto? —preguntó él.

Ella asintió.

—Estas palomas no son aves corrientes, Elmsa, sino mensajeras, rápidas y resistentes. Si las liberásemos ahora, volarían al sur durante

toda una jornada, sin detenerse hasta entregar su mensaje.

Elmsa rumió la información durante un instante.

—¿Qué mensaje? —quiso saber.

—Depende —contestó el señor Brandur, arrugando un gesto severo—. Uno de los pergaminos está en blanco. Pero el otro... —se interrumpió un momento—; el otro contiene una palabra terrible que supondría el principio y el fin de muchas cosas.

—¿Qué... p-palabra?

—«Sí».

—¿Sssí? —repitió ella, ladeando la cabeza.

—Esa es la palabra, muchacha: «sí».

A Elmsa no le parecía una palabra tan terrible. La había usado y escuchado en multitud de ocasiones, y nunca le había hecho nada.

—Sé lo que estás pensando —el Ladaír esbozó una sonrisa casi imperceptible—, pero un simple sí puede llegar a ser tan dañino como el hecho que afirma, ¿entiendes?

Elmsa ladeó la cabeza hacia el otro lado. No, no lo entendía.

—Olvídalo —dijo el señor Brandur, acariciándole una mejilla—. No tiene importancia.

—P-pero la señora Nadie —se agitó ella al recordar las palabras de su amiga moura— dijo que el padre de Elmsa venía a la ciudad p-para ver a las palomas, ¿le va a pasar algo malo al padre de Elmsa?

El señor Brandur la miró a los ojos. Nunca le había gustado hablar del padre de Elmsa.

—Esa mujer te dijo la verdad. Tu padre... —Alzó la vista hacia las vigas del techo, como si allí arriba estuviesen las palabras que necesitaba para continuar. Se acarició el mentón con su mano de carne y hueso y, fijando de nuevo la mirada en Elmsa, dijo—: ¿Tienes ganas de conocer a tu padre?

—S-sí —respondió ella de inmediato.

El señor Brandur se mordió el labio. Los ojos se le habían humedecido de repente.

—Yo... —vaciló—. Escucha, tengo... Tengo que contarte algo. Yo... te he mentado acerca de tu padre.

No. Era imposible que le hubiese mentado, pensó Elmsa. El señor Brandur siempre había

sido bueno con ella.

—Tu padre no te abandonó —prosiguió él—: fui yo quien lo obligó a que te dejase aquí; quien lo expulsó al poco de tú haber nacido; quien lo desterró... a él, a tu madre y a todo tu clan.

—P-pero Elmsa...

—Eres una rehén, Elmsa, un medio para evitar la guerra... Yo soy el culpable de que estés sola. —La voz del Ladaír se quebró—. Lo siento muchacha, lo siento de veras...

Y entonces sucedió algo que Elmsa nunca pensó que sucedería: el señor Brandur rompió a llorar. El que decían, era el eturio más fuerte del mundo, estaba llorando delante de ella, sin emitir un solo ruido, un solo sollozo. Y sin embargo, las lágrimas le caían abundantes.

—Lo siento... —repitió—. Lo hice por el bien de todos. Yo...

Elmsa percibía la profunda pena del señor Brandur en su voz, en sus ojos, en la postura de su cuerpo. Le entristecía verlo así.

—Elmsa lo perdona —soltó ella de pronto, sin tartamudear.

El señor Brandur la miró con sus ojos rojos y humedecidos, abiertos como platos, y separó

los labios, temblorosos, sin decir nada.

—Elmsa n-no es muy inteligente —continuó ella—, p-p-pero sabe diferenciar a las b-buenas personas de las malas, y el señor Brandur es una buena persona.

El Ladaír se abalanzó sobre ella, abrazándola con fuerza, con mucha fuerza, y Elmsa apoyó la cabeza sobre su pecho, escuchando su respiración agitada, su corazón revuelto; sintiendo su dolor.

—Mi querida niña —dijo la grave voz que resonaba en aquel pecho—, no vuelvas a decir eso, por favor. Tú... eres la eturia más inteligente que he conocido jamás.

Úlricht-Eliassen entreabrió los ojos. Una voz lo llamaba.

—Úlricht... —le susurraba, como si se contuviese para no ser escuchada.

Úlricht miró a su alrededor y vio varias pieles sobre un montón de paja: Corhelm y su guardia no estaban. Pero fuera de la tienda aún parecía noche cerrada. ¿A dónde habían ido?

—Úlricht —volvió a decir la voz, esta vez más contundente.

La llamada había venido de la entrada de la tienda. Una cabeza surgió entre las pieles de la puerta, y la luz de la luna se coló por la rendija abierta, reflejándose en el centenar de trenzas plateadas que colgaban de la cabeza que se había asomado. Era Elmtúrea.

Úlricht levantó la cabeza hacia la mujer.

—¿Qué haces? —le espetó, cortante—. ¿Dónde están los demás?

—Oh, no te enfades, mi pequeño Rostro de Hielo —dijo ella mientras empujaba las pieles para entrar—. Ahora que estamos solos, se me ocurrió que podía ayudarte a sobrellevar esta noche tan fría.

—No necesito nada de ti. Máchate —le exigió él.

Pero la guerrera no le hizo caso. Arrojó al suelo la piel de oso gris que le cubría los hombros y abrió la boca, esbozando una sonrisa pícaro, pasándose la punta de la lengua por los labios. Luego, sin dejar de mirar a Úlricht a los ojos, se quitó la túnica, tirando de ella hacia arriba para dejar sus pálidos pechos al desnudo, grandes y erguidos.

Úlricht sintió cómo su virilidad se le despertaba bajo el pantalón, y se maldijo a sí mismo por la frágil voluntad de su cuerpo, tan diferente de la de su cabeza.

—Te he dicho que te vayas, mujer —ordenó.

—Pues yo creo... que en realidad no quieres que me vaya, pequeñín...

Elmtúrea desabrochó el cinto que le sujetaba la falda, unos jirones de lana y cuero tachonado que cayeron pesadamente al suelo

para dejar su sexo al descubierto. No tenía un solo pelo entre las piernas. Aquel cuerpo de piel lechosa y lampiña era más hermoso de lo que cualquier hombre, eturio o humano, podía soportar.

La eturia se le acercó, poniéndose de rodillas junto a él y retirándole el manto que lo cubría. Cuando Últricht trató de impedirsele, descubrió que no podía moverse. ¿Por qué?, ¿qué le estaba ocurriendo?

—Hummm, parece que el «pequeño Últricht» no lo tiene todo tan pequeño... —dijo Elmtúrea, echándole un vistazo a la entrepierna, abultada.

—¡Detente! —gritó él.

—Nunca pensé que llegaría a escucharte gritar. Siempre con esos ojos tan fríos, tan impasibles... ¿Dónde está ese hijo de Iven-Talh al que nada ni nadie lo perturba? —Soltó una carcajada—. ¿Tanto te asusta una mujer desnuda?

Elmtúrea deslizó los dedos por el vientre de Últricht hasta metérselos por debajo del pantalón. Y le agarró el miembro con firmeza. La mano de la mujer era suave, y fría.

—¿Cómo es posible que un humano tenga una polla tan grande?

—¿Qué me has hecho?, ¿por qué no puedo moverme? —Últricht oyó su propia voz, nerviosa. Por primera vez en mucho tiempo, no tenía el control de la situación.

—¿Yo? —Elmtúrea soltó una risotada—. Yo no hice nada. Eres tú el que no quiere moverse, ¿no te das cuenta?

Con un movimiento rápido, la enorme eturia le bajó el pantalón hasta las rodillas, y se colocó a horcajadas sobre él. Luego le tomó el pene y se lo llevó hacia su sexo.

Últricht sintió cómo la penetraba, cómo se empapaba de la caliente humedad del interior de la mujer.

Elmtúrea lo embistió una vez, con la fuerza con la que cabalgaría a una bestia salvaje. Se detuvo, mirándolo con lascivia, y lo embistió de nuevo. Cada acometida de la corpulenta guerrera agitaba a Últricht con violencia, pero él no sentía ningún dolor. La sensación era malditamente placentera. Hubo una tercera embestida, una cuarta, una quinta... y todo terminó para él, alcanzando el clímax con un

gruñido reprimido.

Elmtúrea se apoyó sobre su abdomen, separándose despacio. La virilidad de Últricht salió de ella, cayendo a un lado como si hubiese sido derrotada en duro combate. Y la semilla de sus entrañas se derramó por los muslos de la mujer.

—Oh, mira lo que has hecho, pequeño bribón. —El tono de Elmtúrea fingía enfado—. Menos mal que los humanos no podéis preñar a las eturias. ¿Te imaginas si no? —rio—. Qué ofensa a nuestros dioses...

—Últricht-Eliassen —llamó de repente la voz de un hombre, lejana.

Le resultaba familiar, aunque resonase con aquel eco extraño.

—Últricht-Eliassen —lo llamó de nuevo, esta vez más cerca.

—¿Quién...? —empezó él. Miró hacia Elmtúrea, pero ya no estaba. La mujer había desaparecido.

Sin previo aviso, apareció un hombre en la oscuridad, materializándose en un parpadeo de la nada. Sin duda, era un humano del norte, de cabeza afeitada y larga barba rubicunda; un hijo

de Iven-Talh que Úlricht reconoció de inmediato.

Pero era imposible que él estuviera allí.

Aquel hombre, Éjnar-Eliassen, el legendario Aéjir del Este, su padre, estaba muerto.

—¿Padre? —vaciló Úlricht.

—No te atrevas a llamarme así, traidor —bramó el muerto—. Has yacido con el eterno enemigo de nuestro pueblo. ¡Vives con ellos, luchas por ellos! —Levantó un dedo acusador—. Eres uno de ellos.

—Soy un hijo de Iven-Talh, tu hijo —respondió Úlricht con desesperanza—. Solo estoy con ellos para vengar tu muerte. ¡Lo juro!

—¡Silencio! —rugió Éjnar-Eliassen—. Tu palabra ya no vale nada. ¿Tú, vengar mi muerte? —Una sonrisa maligna le desdibujó el rostro de forma antinatural, y sus ojos cerúleos se tiñeron de negro—. Yo... sucumbí ante Corhelm por ti. Por tu culpa.

—Perdóname padre —suplicó Úlricht— por no haber sido lo suficientemente fuerte...

—¡Yo te maldigo, hijo de Eturia, hasta el mismísimo fin de tus días!

—¡No! —Úlricht se revolvió en el suelo,

consiguiendo moverse al fin.

Y se despertó con su propio grito ahogado, incorporándose con violencia en un lecho de paja.

Solo había sido un mal sueño.

Pero los sueños, decían los chamanes de Iven-Talh, eran mensajes del más allá, advertencias de la gran Madre Dadora que no debían pasarse por alto.

Y tal vez no debiera hacerlo.

Respiraba con ansia, y el sudor le caía abundante por la frente. Tenía la ropa pegada a la piel, mojada, siendo la zona de la entrepierna la que más. Un latigazo de remordimiento le golpeó el cuerpo al darse cuenta de lo que había sucedido.

Miró en derredor para comprobar que seguía en la tienda. Los guardias de sangre del Ladaír dormían bajo un montón de pieles. Todos. El grito no los había despertado,

aunque Elmtúrea se revolvió incómoda en su improvisado camastro, hablando en sueños.

Sin embargo, Úlricht no tardó en percatarse de que Corhelm no estaba, igual que en su pesadilla.

Se levantó y salió al fresco aire de la noche, preguntándose a dónde diantres habría ido el Elm a aquellas horas de la madrugada. Tomó dos profundas bocanadas de aire, tratando de serenarse, y el vapor salió de su cuerpo para mezclarse con la penumbra. Lo reconfortó sentirse despierto y dueño de sus actos.

La luna llena iluminaba las tiendas del campamento. El cielo de Etura, siempre cubierto en aquella época, les había dado una tregua, retirando los densos nubarrones que los habían acompañado durante días. Seguro que por poco tiempo.

Úlricht advirtió que la quietud de la noche estaba siendo perturbada por unos bisbiseos lejanos, casi imperceptibles. Venían del noreste, así que comenzó a caminar hacia allí, con los pies desnudos. La hierba se le colaba helada entre los dedos, pero le resultaba agradable. Las voces se oían cada vez con más

claridad; parecían pertenecer a dos hombres, y una era mucho más grave y potente que la otra.

—... humanos del sur se han vuelto peligrosos —decía la voz fuerte—... más numerosos y mejor organizados que la última vez...

La otra parecía responderle, pero no era más que un murmullo incomprensible.

—... cuarenta días y cuarenta noches para dar nuestra respuesta...

Sabiéndose ya muy cerca, Úlricht avanzó a hurtadillas, parapetándose tras los rectos troncos del bosque, moviéndose entre ellos con presteza, hasta que en la distancia distinguió dos figuras bañadas por la luz de la luna.

Se acercó a ellas hasta dónde consideró prudente y, oculto tras un grueso abeto, asomó la cabeza. Corhelm estaba allí, y había alguien más con él, alguien extraño, inmenso.

Corhelm era el eturio más alto y robusto que Úlricht había conocido, pero el tipo que estaba en aquel momento frente al Elm lo era todavía más: un ser gigantesco, con un gran manto gris cubriéndolo de pies a cabeza, de la cual

sobresalían dos grandes astas de uro. Era como si alguien hubiese echado un pellejo peludo sobre un pedrusco para luego ponerle una máscara con cuernos y dos agujeros para los ojos en el lugar que correspondería al rostro. Era una careta simple, lisa, sin forma para la boca y la nariz; se asemejaba mucho a las que llevaban los dháeturs, así que era posible que aquel individuo fuese uno de ellos.

En cualquier caso, no parecía un dháetur común y corriente. Su sola visión transmitía una angustia inexplicable, un vacío en el estómago que Úlricht nunca había sentido antes.

La fría escarcha de la hierba había comenzado a quemarle los dedos de los pies. Su caricia ya no le resultaba agradable.

Corhelm y el supuesto dháetur estaban dentro de un círculo de monolitos, una docena de piedras alargadas y de poca altura. Si no fuese porque era imposible, Úlricht habría jurado que emitían un leve resplandor.

—¿Qué hacéis tú y tus guerreros aquí? —La voz del ser retumbó cavernosa bajo su manto, cercana y distante a la vez. Había algo

antinatural en ella—. En once días se celebrará el Concilio de los Cinco. Imagina qué pasaría si Corhelm Fuerza de Oso no llegase a tiempo a la asamblea que él mismo convocó.

—Llegaremos a tiempo —aseguró Corhelm con tranquilidad—. Solo nos desviamos un poco para ir a ver a mi hermano, eso es todo.

—¿Un poco? Habéis ido en dirección contraria a La Antigua, imbéciles. En este momento, estáis más allá de los Picos Dorados. Dudo que lleguéis a tiempo.

—Llegaremos... —reiteró Corhelm, usando el mismo tono condescendiente con el que hablaría a un niño.

—Más te vale que así sea, Ladaír.

—Gran Ladaír —lo corrigió Corhelm—. Y te gustará saber, oh, Gran Dháetur del Templo Bajo la Montaña —exageró una reverencia—, que nos hemos desviado hacia el norte por una buena razón.

—¿Ist de los Molinos es nuestro?

—*Elm* de los Molinos —subrayó Corhelm—. Mi hermano es el ladaír ahora; y un idiota, también, pero acudirá a nuestra llamada cuando se lo pidamos.

—Un triunfo insignificante.

—¿Uno? Más bien una decena. Y juntos suman una gran victoria. Diez nuevos dominados están ahora bajo la tutela de mi clan, y pronto serán más, esta vez más poderosos: Ultaelm se convertirá sin duda en el próximo ladaír de Tar del Bosque Gris y Orm de los Cuatro Cruces.

—Nuestra ley no permite que un eturio sea ladaír de dos dominados a la vez, Fuerza de Oso. ¿No lo sabes?

—No hace mucho que me lo recordaron —Corhelm agitó la mano con desdén—, pero Ultaelm podrá.

El dháetur guardó silencio. Era obvio que esperaba una explicación.

—Ultaelm es... especial —resolvió Corhelm—. La gente cree que... —calló por un instante, pensando quizás el mejor modo de explicar lo que estaba a punto de decir—, nació separado en dos cuerpos. —Dejó escapar una risa sofocada—. Dicen que el día que llegó al mundo, su madre dio a luz a dos bebés idénticos, pero no hermanos, sino el mismo eturio dividido en dos: Ultaelm Dos Cuerpos.

—¿Eres tan estúpido como para creer esas habladurías?

—Sé lo que parece —admitió Corhelm. No dio muestras de que hubiese escuchado el insulto—. Yo también me reí de los que afirmaban semejante locura, pero...

—No me importa —lo cortó el dháetur—. Solo quiero que esos dos chiflados se conviertan en ladaíres, y que cuando lo hagan se unan a nuestra causa.

Úlricht no había conocido a hombre o mujer viviente que pudiese insultar a Corhelm sin terminar con los dientes en la mano. Aquel tipo tenía que ser alguien verdaderamente poderoso para que el Elm le permitiera hablarle así.

—Vencerá, oh dháetur, puedes creerme. No me gustaría estar en el pellejo de los pobres desgraciados que vayan a enfrentarse a Ultaelm.

—Está bien, pero otras dos pequeñas victorias no servirán de nada si no logramos la más valiosa de todas. Tienes que llegar a tiempo al Concilio, Fuerza de Oso. El tinsalio nos ha dado cuarenta días...

—... y cuarenta noches, sí, sí... —remató Corhelm con evidente aburrimiento.

—Si para entonces no te has convertido en el Gran Ladaír de La Antigua, nada de lo que hayamos hecho hasta ahora servirá. Brandur nunca hará lo que debe. La edad le ha ablandado el corazón, y un corazón débil no sabe tomar decisiones difíciles.

—¿Sabes? —Corhelm se cruzó de brazos—. Después de tantos soles, tengo ganas de regresar a mi ciudad natal y ver a Brandur de nuevo, el Gran Ladaír que tanto hizo por nosotros... los Elm. —Últricht percibió el amargo rencor que arrastraban aquellas palabras—. Ese viejo testarudo se niega a morir, y ya ha vivido más tiempo del que le corresponde...

—Deberías estar agradecido de que siga vivo. Y espero por nuestro bien que no decida irse a la Tierra Donde Siempre Da El Sol antes de tu llegada. Debes convertirte en el Gran Ladaír de La Antigua derrotando a Brandur en legítimo duelo de acero para que tu autoridad sea incontestable, ¿lo entiendes? Si tú, Corhelm Fuerza de Oso, lograses vencer al que todos

señalan como el eturio más fuerte del mundo, toda La Antigua se postraría ante ti, incluso los Ur.

—Los Ur, postrados ante un Elm... —La voz de Corhelm sonó ausente, como si su cabeza no estuviese allí, sino en un lugar mejor donde todo era más hermoso.

—Eso es. Ur la Antigua cambiará de nombre para llevar el de tu clan... Se llamará Elm, Elm la Antigua. Y en ese momento, tú serás el eturio más fuerte del mundo...

La voz del dháetur resonaba ahora con un eco extraño, dulce. Algo había cambiado. Úlricht percibía cómo las palabras del gigante le traspasaban las vísceras, reverberando en todo su cuerpo. No sabía el porqué, pero en aquel momento se sentía capaz de hacer cualquier cosa. Cualquiera.

—El más fuerte del mundo... —Corhelm repitió las palabras del chamán, con tono aturdido.

«¿Pero qué le pasa?», se preguntó Úlricht para sus adentros. Nunca había visto al Elm actuar de aquel modo tan raro, tan dócil.

—Sí, el más fuerte —respondió el dháetur—,

pero para eso... antes debes matar a Brandur. ¿Podrás hacerlo?, ¿podrás matarlo?

—¿Matarlo? —Corhelm dio un respingo, como si de pronto hubiese despertado de un sueño agitado.

—Sí, matarlo.

El Elm guardó silencio durante un instante y dijo:

—Sí, puedo hacerlo.

Últricht habría jurado que Corhelm había vacilado en la respuesta. ¿Acaso temía a Brandur?

—Bien. —La voz del dháetur había regresado al tono cavernoso de antes—. Pero La Antigua ha sido gobernada por los Ur desde el principio de los tiempos. Cabe la posibilidad de que, a pesar de tu victoria, sus gentes no vean con buenos ojos un cambio de nombre en la ciudad, y mucho menos si ese nombre es el de tu clan. Debes estar preparado.

—Haré cuanto sea necesario.

—Eso es todo lo que quería oír. Vuelve al campamento. Tú y tus hombres debéis partir antes del amanecer. El tiempo es vuestro único enemigo ahora.

Corhelm se giró y reemprendió el camino de regreso, alzando un brazo a modo de despedida.

—Hablabamos dentro de once días, oh, dháetur —dijo mientras se alejaba del chamán.

—¿Confías en ese humano del que te haces acompañar? —preguntó el otro de repente, cuando Corhelm ya se había alejado unos cuantos pasos.

Este se paró en seco, pero no miró atrás.

—Sí, confío en él —respondió, rascándose la cabeza—. Cuando no intenta matarme, es un buen chico.

—No te encariñes demasiado, Fuerza de Oso. Los humanos son nuestro enemigo, da igual que sean del sur o del norte. Algún día tendrás que poner fin a esto, ¿lo entiendes?

Corhelm se volvió hacia el gigante.

—Últricht es uno de los míos. —Había un ápice de ferocidad en su tono—. Nadie, ni el mismísimo Eturión, allá desde donde nos esté viendo, le pondrá una mano encima.

—Es un hijo de Iven-Talh, y sabes lo que eso significa: ese humano es nuestro enemigo por el simple de hecho de haber nacido. ¿Ya has

olvidado por qué lo llevas contigo?

—¡Cállate! —rugió Corhelm.

Una risa acompasada sonó bajo la máscara del chamán eturio, como si la hubiese cocinado a fuego lento para luego saborear la maldad que manaba.

—El muchacho será el primero en enterarse de nuestro plan —zanjó Corhelm, desafiante. Reemprendió la marcha, pasando cerca del abeto tras el que se ocultaba Últricht—. ¡A más ver, dháetur! —se despidió.

Últricht tenía que llegar al campamento antes que el eturio, con la desventaja adicional de tener que dar un rodeo para no ser descubierto.

—Eso, Gran Ladaír, no será necesario. —El enorme dháetur seguía allí, hablando, aunque Últricht no estaba muy seguro de que Corhelm, ya bastante lejos, lo fuese a escuchar—. El hijo de Iven-Talh ya está al tanto de todo lo que ha pasado aquí.

«¿No es cierto, pequeño humano?», la voz sonó con claridad dentro de la cabeza de Últricht. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. ¿Qué clase de brujería imposible era aquella?

«La misma brujería —contestó la voz del dháetur en su interior— que te mostró tus miedos más profundos mientras dormías.»

Dominado por un instinto que había olvidado, Úlricht corrió. De algún modo, su cuerpo sabía que debía alejarse de aquel círculo de piedras.

«Volveremos a vernos, humano. —Las palabras del dháetur sonaron ya más débiles—. Volveremos a vernos...»

Ciríaca era una mujer en un mundo de hombres.

El Senado de Tinsalia estaba formado por ciento treinta y ocho miembros, y entre todos, ella era la única de su sexo.

En aquel momento, la mayoría de los senadores aplaudían la intervención de su colega; una intervención que había consistido en quejarse mucho y proponer poco.

El orador en cuestión, Mario Quintilio, subía las escaleras del anfiteatro para regresar a su asiento, e iba con la cabeza alta, orgulloso de las palabras envenenadas que, con gran maestría, había vertido contra su propio país.

Las cosas no marchaban bien en Tinsalia, y los que deberían ser sus consejeros en tiempos difíciles se dedicaban a señalar el problema sin aportar ninguna solución; y congratulándose además por lo bien que lo hacían. Pedían la palabra, bajaban al estrado y escupían ira y fuego por sus bocas. Pero siempre con

elegancia. No les interesaba terminar con los huesos en las mazmorras por desacato al poder imperial.

Injuriar sin realmente hacerlo era un arte en sí mismo, y allí había auténticos artistas del insulto velado.

Los senadores que bajaban al estrado para pronunciar su discurso siempre se dirigían a Ciríaca. Aunque había más gente en la tribuna de honor, todas las tonterías se las decían a ella, a «la mujer», a la que consideraban el eslabón débil del Potestado.

Los Diez Potestas eran las manos del emperador. O, como a algunos les gustaba decir, «los diez dedos» de esas manos. Después del emperador, el Potestado era la máxima autoridad de Tinsalia. Y en la práctica, quien en verdad tomaba todas las decisiones de Estado.

Ciríaca formaba parte de los Diez desde hacía siete años. Había sido la primera y única mujer en la historia de Tinsalia en ocupar dicho puesto. Y tal designación no resultaba fácil de digerir para algunos, que achacaban el nombramiento a una muestra más de la debilidad del emperador, demasiado viejo para

gobernar a la nación más poderosa del mundo.

—El senador Tulio Déxtrito pide la palabra —dijo Caio Lendiano. El anciano potesta se esforzaba por alzar la voz todo cuanto podía, lo cual no era mucho. Sentado también en la tribuna de honor, dos asientos a la izquierda de Ciríaca, sujetaba con manos temblorosas la hoja de pergamino de la que había salido el nombre que acababa de pronunciar.

Era la primera vez que Ciríaca oía hablar del tal Tulio Déxtrito, y no parecía que fuese diferente para el maestro Caio, cuyos ojos se paseaban con curiosidad entre las gradas. Era extraño que el Potestado desconociese el nombramiento de un nuevo senador. Y, fuera quien fuese, se resistía a ponerse de pie, provocando al final que el maestro Caio tuviera que levantarse, con evidente esfuerzo, para escudriñar las bancadas con su mirada hundida.

El viejo potesta magíster era un hombre de rostro arrugado. Vestía una túnica blanca y suelta que le caía muy por debajo de las rodillas, con mangas largas y anchas cubriéndole los brazos hasta los nudillos. Por encima de la túnica llevaba una toga bastante gruesa,

también blanca y con una banda roja recorriéndola a lo largo. La toga era una prenda ya poco habitual en Tinsalia, relegada al recuerdo de tiempos más antiguos —y tal vez mejores—, pero el maestro la llevaba siempre puesta, fuese verano o invierno, porque, según él, a su edad cualquier época del año era fría.

A Ciríaca le parecía un buen hombre, y sabio como pocos. Las personas como Caio eran un bien escaso en la ciudad. Aunque estaba débil, asistía a todas las sesiones del Senado. Y Ciríaca también lo hacía.

Sin embargo, no todos los miembros de Potestado tenían el mismo sentido del deber: solo cuatro de los diez asientos de la tribuna de honor estaban ocupados en aquel momento por sus respectivos dueños.

—Senador Tulio... —Caio carraspeó con una mueca de dolor, al tiempo que se echaba una mano a la piel flácida que le colgaba del cuello—. Tulio Déxtrito. Podéis bajar al estrado.

Un hombre se levantó al fin de su asiento y comenzó a bajar las escaleras, mostrando una extraordinaria calma mientras lo hacía. Tal

como Ciríaca había sospechado, era la primera vez que veía a aquel senador. De lo contrario, se habría acordado de su peculiar presencia: más bien rechoncho y con una llamativa mata de pelo negro que parecía un casco varias tallas más grande de lo que le correspondía.

—Tenéis la palabra —concedió el maestro Caio cuando Tulio Déxtrito alcanzó el estrado.

El hombre asintió complacido. Tenía una mirada astuta.

—Mis dignidades... —empezó, dirigiéndose a la tribuna.

El escriba imperial, sentado ante el pequeño escritorio cercano al estrado, comenzó a rasguear un pergamino con su pluma, tomando nota de las dos únicas palabras que había dicho el senador. Este último se giró hacia el anfiteatro, dándole la espalda al Potestado; su capa de ciudadano se agitó en el aire al hacerlo.

—Mis señores... —Tulio alzó un poco la voz, triunfal, seguro de sí mismo—. Nuestra gloriosa nación se desmorona. Tinsalia ya no es respetada por sus enemigos.

Ciríaca se revolvió en el asiento, incómoda ante la perspectiva de otro discurso fatalista y

aburrido. Aquel senador se disponía a subrayar, una vez más, el mejorable estado de las calzadas imperiales, el poco trigo que quedaba en los graneros de Puntamar y lo amenazadas que estaban las fronteras, las del norte, las del sur y las del este —las del oeste daban al océano—, acosadas por una panda de salvajes que atacaban con palos y piedras.

Y cuando terminase, el senador volvería a su asiento, satisfecho de sí mismo y arropado por los aplausos de un montón de genios tan listos como él.

—¡Nuestro soberano es débil! —exclamó Tulio de repente. Sus palabras retumbaron en los elevados techos de la cámara—, ¡y esa debilidad ha contagiado a toda Tinsalia, enfermándola de muerte!

Un murmullo recorrió a los asistentes, y Ciríaca se incorporó en el asiento, sorprendida. Aquello sí que no se lo esperaba.

Jamás había escuchado una acusación tan directa contra la intocable figura del emperador. Echó un rápido vistazo a sus colegas de tribuna. El maestro Caio tenía la boca abierta, como si quisiera decir algo que no

acertaba a articular; el joven Tideo sonreía, y Merulio permanecía con su expresión impasible de siempre.

—No podemos seguir callando lo evidente, hermanos —prosiguió Tulio Déxtrito—. Nuestro actual emperador ostenta un único logro reseñable: ser el hijo de Atanás II. Y rezo día tras día a los dioses para que Atanás el Grande, ahora sentado a la derecha de Hiperio, no esté presenciando desde los cielos lo que está haciendo su hijo con el gran imperio que le legó.

El runrún de voces se hizo todavía más audible. El escriba había dejado de mover la pluma y levantaba la vista hacia la tribuna, entre dubitativo y asombrado.

Ciríaca sabía que habría represalias contra aquel senador, pero al menos, había demostrado ser un hombre valiente. O tal vez un inconsciente. Las personas más osadas solían ser aquellas que ignoraban las consecuencias de sus actos.

—Nuestro emperador —prosiguió él, tras deleitarse un instante con el efecto de sus palabras entre los asistentes—, ni siquiera es

capaz de dar al pueblo una descendencia en condiciones. Y tal vez sea mejor así. De las entrañas de ese hombre nunca saldrá nada bueno. Solo debilidad.

—¡Senador Tulio Déxtrito! —bramó de súbito la voz de Ulterio, detrás de Ciríaca.

Ulterio Vítico, prefecto de Tensalea, potesta hiperiato y sumo padre de Santuario, asistía con regularidad a las sesiones de la Cámara Baja. En los últimos tiempos había dejado de sentarse en la tribuna del Potestado, que era el lugar que le correspondía en realidad, para ocupar el asiento del ausente emperador.

Y resultaba tremendamente oportuno ver al representante de los dioses tronando de furia con *La salvación* como fondo. El magnífico fresco era obra del popular pintor stigarita Lyceas de Vérica, y mostraba a un hiperrealista dios Hiperio atravesando el corazón de su propio hermano.

—Si escucho una sola calumnia más contra nuestro soberano —añadió Ulterio con su voz grave. El murmullo del senado había cesado de golpe—, me veré en la obligación de llamar a los miriades para que te lleven y te encierren

en una mazmorra hasta que decida qué hacer contigo.

Mientras decía aquellas palabras, el sumo padre escrutaba al senador con su habitual aire circunspecto. Siempre se había intuido a un hombre flaco bajo aquel conjunto blanco de larga túnica y esclavina, pero aun así resultaba imponente.

Como todos los religiosos de Santuario, llevaba la cabeza afeitada y el símbolo del Gran Uro tatuado en medio de la frente. Se había levantado del sillón imperial, y apuntaba a Tulio con el dedo. Una de las cadenas de oro que le colgaban de las muñecas, pendía en el aire como una cuerda lo haría de la rama de un árbol, balanceándose de un lado a otro.

—La guardia imperial puede llevarme, su dignidad —contestó Tulio, volviéndose con elegancia hacia el sumo padre—, pero no harán que me calle si no es matándome. Lo que digo no son calumnias, sino la verdad. ¿Acaso el Potestado tiene miedo de la verdad?, ¿acaso tiene miedo de que el pueblo despierte de su sueño y vea el mundo tal como es? ¿Vais a impedir que un ciudadano por derecho —Tulio

Déxtrito agarró su capa roja y la extendió hacia delante, mostrándola— y senador de Tinsalia hable con libertad? —Y, volviéndose otra vez hacia las bancadas, añadió—: ¿Tan poco vale la opinión del Senado para vosotros?

Se alzaron varias voces en favor del alegato de Tulio. El volumen no era elevado, pero sí suficiente para escucharse con claridad.

—¡Silencio! —exigió Ulterio, contundente.

Y el silencio reinó de inmediato. El sumo padre siempre había sido un hombre respetado. Y temido.

—Hablarás —agregó con autoridad—, pero lo harás con el debido respeto o juro por todos los dioses que te arrepentirás.

Un atisbo de duda asomó en el rostro regordete de Tulio. Bajó la vista al suelo, como si se le hubiese caído algo, y volvió a levantar la mirada hacia el potesta hiperiato, asintiendo con la cabeza.

Ulterio le hizo un gesto con la mano para que continuase y se sentó de nuevo.

—Sus dignidades deberían hacer memoria —empezó el senador, con menos ímpetu que antes—, y recordar cuándo se produjo la

primera y única derrota de nuestra gloriosa nación.

No era necesario hacer memoria. Ciríaca sabía bien a qué se refería; todos lo sabían. Pero aquel era un asunto del que nadie se atrevía a hablar. Tulio estaba recordándole al Senado que, el vigente emperador, tercero de la dinastía Luverno, había sido el primer y único gobernante de la historia tinsalia derrotado en una batalla; batalla, además, que había valido por toda una guerra.

Tinsalia había sido invencible durante trescientos años; desde el mismo momento en que comenzó su imparable expansión allá por el año ciento ochenta y dos antes de la era Luverno, cuando las bravas gentes de una pequeña ciudad que se acabaría convirtiendo en la capital de todo un imperio, empezaron a ampliar, a base de espada, sus fronteras del norte, sur, este y oeste hasta hacerse con las cinco prefecturas y la colonia que conformaban su territorio actual. Todo ello en tres siglos de conquista en los que no conocieron la derrota.

Pero entonces llegó el mandato de Atanás III, y ebrios todavía de victoria, decidieron

desafiar su suerte y atacar las inhóspitas tierras del lejano norte, cometiendo el mayor error de sus vidas.

Ciríaca aún recordaba el paso de las tropas imperiales por Tarsis, la ciudad en la que ella vivía en aquel tiempo, muy próxima a la frontera con Etruria. En un solo día de acampada, las legiones habían vaciado los graneros tarsileños y habían partido, dejando tras ellos el fantasma de una hambruna certera.

—Dentro de dos semanas —Tulio Déxtrito continuaba con su discurso— se cumplirán dieciocho años del terrible día que Cunctátor dio la espalda a nuestros soldados. ¡Ay de nosotros! ¡Deberíamos habernos fijado en las señales de los dioses! Pero no lo hicimos...

»El día que Atanás II murió, dejando a su hijo al frente de las legiones destacadas en Etruria, debimos ver en su muerte una advertencia de los cielos, un ruego divino para que cejásemos en nuestra empresa... Pero no lo hicimos. —Tulio aguardó un instante, negando con la cabeza. Su actitud era un tanto melodramática y, obviamente, fingida—. No, no lo hicimos...

»Atanás III fue derrotado por un hatajo de bárbaros; su hermana, a la que todos amábamos, asesinada; las legiones, destruidas... —Tulio clavó la mirada en Ulterio, que lo observaba con suma seriedad desde el asiento imperial—. Y todo a causa de la ineptitud de un hombre débil.

Las tímidas voces de apoyo del resto de la cámara regresaron.

—Te lo advierto, senador —comenzó Ulterio—. Si vuelves a...

—¡Y el Estado —Tulio Déxtrito lo interrumpió con un clamor, y no parecía que fuera a detenerse— quiso hacernos creer que una horda de semidioses gigantescos de fuerza sobrehumana había barrido a nuestras legiones! —Golpeó el estrado varias veces con el puño, fuera de sí—. ¡Se inventaron una absurda historia que solo creerían los niños y los estúpidos! ¿Y para qué? Para excusar la necedad de un solo hombre; para que el pueblo no se alzase y exigiese el soberano fuerte y capaz que se merecía y aún se merece: un soberano que jamás permita que Tinsalia vuelva a ser derrotada...

Los murmullos temerosos de las bancadas se fueron transformando en voces cada vez más atrevidas.

—¡Silencio, por todos los dioses! —Ulterio, que se había levantado de la silla como un resorte, cortó el alboroto de raíz, como si lo hubiese hecho con un cuchillo.

Todos callaron, salvo Tulio Déxtrito:

—Y para mayor humillación de Tinsalia, nuestro débil emperador mandó construir un muro que contuviese a esos... «gigantes» que nos habían derrotado... —Tulio dejó escapar una risa ahogada—. ¡Una muralla para contener a un puñado de bárbaros sin sesera!

—Hasta aquí has hablado —dijo Ulterio, levantando la mano—. ¡Guar...!

—La historia no fue inventada, senador —intervino de pronto Merulio, interrumpiendo la orden del sumo padre de Santuario. El potesta lúmino se sentaba cuatro asientos a la izquierda de Ciríaca. Su tono de voz había sido tranquilo, pero aun así, audible.

—¿Cómo decís? —preguntó Tulio con palpable desconcierto.

—Digo —contestó Merulio con calma— que

los gigantes existen.

—Potesta Aselio Mano, ¿de verdad os creéis esas tonterías? —Tulio se recompuso con un gesto burlón.

Hacía tiempo que Ciríaca no escuchaba el verdadero nombre de Merulio. Todo el mundo se dirigía a él por su apodo, que le venía dado por la pequeña urbe de la prefectura de Mediolano en la que había nacido: Ciudad Merul. Era un hombre de mediana edad, más lejos de los cuarenta que de los cincuenta. Su cabello, corto y negro como el carbón, le daba un aire severo; y la profunda cicatriz que le cruzaba el rostro de lado a lado, por encima del puente de la nariz, lo dotaba de un aspecto un tanto amenazador, aunque sin llegar a estropear la hermosura de sus facciones angulosas.

Merulio no se caracterizaba por hablar demasiado. Solo lo hacía cuando lo consideraba necesario. Y tal parecía el caso:

—No soy dado a creer en tonterías —dijo—. A no ser, claro está, que las vea por mí mismo.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Tulio.

—Quiero decir que yo estuve allí hace dieciocho años, cuando Atanás II el Grande,

poco antes de morir y con Éliadis recién unida al imperio, decidió enviar a su hijo al lejano norte. Yo estuve allí cuando ordenó atacar a un enemigo que, sin haberlo visto siquiera, estaba seguro de que vencería. Y estuve allí meses después, en el campo de batalla, cuando los eturios cargaron contra nosotros, aullando como bestias de otro mundo, ondeando sus largos aceros grises al aire mientras destrozaban a nuestros hombres... —Merulio hablaba con la mirada perdida en el vacío—. Musculosos como uros, tan altos que apenas les alcanzábamos la altura del pecho...

Ciríaca desconocía que Merulio hubiese sido soldado.

—Si eso que decís es cierto... —El senador abrió los brazos, con las palmas hacia arriba, y miró a los lados, buscando la complicidad de sus colegas con una sonrisa socarrona en el rostro—. ¿Por qué estáis vivo, potesta lúmimo?, ¿cómo es que estáis aquí contándonos todo esto?

—Hui —admitió el otro sin rodeos—. Tiré mi arma al suelo y corrí, aunque no me enorgullezca de ello. Nunca me he considerado

un cobarde, pero tampoco un idiota, así que hui para salvar mi vida. Pocos tuvieron mi suerte.

Tulio Déxtrito observaba a Merulio, boquiabierto, enmudecido. De hecho, la cámara al completo se había quedado en silencio. Ciríaca estaba segura de que pocos de los asistentes darían crédito a la historia del potesta, pero ella sabía que era cierta.

—Y debo añadir que no estáis bien informado, senador —continuó el de Merul—. El emperador no mandó construir un muro, sino dos. Uno en Éliadis, para cerrar el Paso de Tílmara, con cuatrocientos metros apenas dignos de mención... Y otro para hacer lo propio con los doscientos kilómetros de frontera sin montaña que se abren entre Etura y nuestra prefectura del norte, Alalia.

El senador tardó unos segundos en reaccionar. Agitando la cabeza como si hubiera salido de alguna clase de ensueño, dijo:

—Peor me lo ponéis. —Sus aires de arrogancia se habían esfumado por completo—. Sabéis tan bien como yo lo que significó la construcción de esas murallas: los

doce años que tomó construirlas nos han costado mucho oro, un derroche que aún hoy estamos pagando. Las arcas de Tinsalia se desangran, y nuestros graneros se vacían.

—Vamos, vamos —dijo Merulio, entrelazando los dedos sobre la mesa—, no le echaréis también la culpa al emperador de nuestras malas cosechas.

Haciendo gala de su buena educación, el potesta lúmino concedió un margen de respuesta, pero a Tulio parecía habersele agotado la elocuencia.

—Aunque tenéis parte de razón, senador —prosiguió Merulio, ante el silencio del otro—. Doscientos kilómetros de muralla cuestan mucho oro, y vidas. Se han hecho grandes sacrificios para poder levantarla lo antes posible, pero creedme, cerrar los accesos del norte fue lo mejor que pudimos hacer, dadas las circunstancias.

—Si hacemos caso de lo que habéis dicho —dijo Tulio silbando sus palabras con odio—, una pared no detendrá a esos eturios...

—¿Y qué habríais hecho vos? —estalló Ciríaca desde su asiento. Estaba harta de

escuchar a aquel necio quejarse.

Tulio la miró con la boca abierta durante un instante.

—La debilidad del emperador —terminó diciendo el senador, al tiempo que señalaba a Ciríaca— nos ha traído todo tipo de desgracias. ¡Como una mujer en el senado! Una mujer de traicionera sangre altalia que no es capaz ni de controlar a su gente. Así es, excelencias, Altalia se rebela, y este desesperado nombramiento —no dejaba de apuntar a Ciríaca, con tanta saña que parecía querer clavarle el dedo en el corazón— no es más que una dócil cesión que solo busca congraciarse con una panda de renegados; una muestra más del escaso juicio de nuestro emperador para las decisiones de Estado.

«¿Pero de qué está hablando?», se preguntó Ciríaca para sí. No había oído nada de ningún levantamiento en su prefectura.

—Tal como decís, soy «una mujer en el senado» —replicó ella—, y me congratula que sepáis diferenciarme de un hombre, senador Tulio, pero os he hecho una pregunta, y no me habéis respondido: ¿qué habrías hecho vos? O

mejor aún: ¿qué haríais ahora? Corregidme si me equivoco, pero tenía entendido que una de vuestras muchas funciones aquí —Ciríaca hizo un gesto con el brazo, extendiendo la afirmación a todo el anfiteatro— es la de ejercer como consejeros y usar vuestros prodigiosos intelectos para proponer soluciones en vez de para señalar lo evidente.

Si aquel hombre pudiese matar a Ciríaca con la mirada, lo habría hecho en aquel instante.

—Nuestras funciones y poderes en el Senado —dijo Tulio con tono ponzoñoso— son cada vez menores... su dignidad.

Era cierto que en los últimos tiempos la Cámara Baja había sido desprovista de algunos de sus poderes y privilegios.

—Si vuestras competencias os parecen pocas, como decís —dijo Ciríaca—, con más razón deberíais hacerlas bien.

Escuchó una sonora carcajada a su izquierda. El jovencísimo potesta Tideo tenía los pies sobre la mesa, como si estuviera asistiendo a un espectáculo del circo. Parecía divertirse.

Ciríaca desconocía por qué habían

nombrado potesta a un crío al que apenas le había salido el bigote. Tideo no era ningún idiota, cierto, pero sí engreído e indisciplinado como solo sabía serlo un adolescente de dieciséis veranos al que se lo habían dado todo. Aquel muchacho había heredado el gran emporio esclavista de su padre, ya fallecido, para convertirse de la noche a la mañana en una de las personas más ricas de Tinsalia. Y, poco después, en el cabeza del Potestado del Pueblo No Libre.

—¿Por qué no respondéis a la pregunta de la potesta Ciríaca, senador? —intervino el propio Tideo, dirigiéndose a Tulio—, ¿qué solución nos regala vuestro sabio consejo?

El rostro del aludido enrojeció, tal vez de ira, tal vez de vergüenza. Y de pronto gritó:

—¿Queréis mi consejo? ¡Pues aquí lo tenéis: asesinad al emperador y poned a otro en su lugar!

—¡A mí la guardia! —rugió Ulterio Vítico, saltando del asiento como un resorte.

Los dos miriadones apostados ante el portón de doble hoja que daba acceso al senado tiraron de las puertas hacia adentro. Y una

decena de soldados uniformados de azul, igual que ellos, entraron, marchando diligentes en impecable formación de a dos, directos al estrado donde Tulio aguardaba con los brazos encogidos y el terror ya reflejado en el rostro.

—¡Llevaos de inmediato a este traidor!
—ordenó Ulterio. Ciríaca nunca lo había visto tan enfadado—. Por los dioses que pagará por sus palabras.

—No... no... —Tulio se cubrió la cara con las manos, como si fuera un niño que trataba de esconderse.

Las agallas que había demostrado apenas unos segundos antes se habían desvanecido, confirmándole a Ciríaca lo que ya sospechaba de él: no era un valiente, sino un inconsciente. Sin embargo, había algo en el modo de actuar de aquel hombre que no le encajaba...

Fuera lo que fuese, no tendría tiempo de averiguarlo.

Sin mediar palabra, uno de los Capas Azules le propinó al senador un fuerte puñetazo en el estómago, y este se dobló con una mueca de dolor mientras otros dos miriádones lo asían por los brazos para llevárselo.

Tulio movió la boca, intentando hablar mientras lo arrastraban por el pulido suelo de la cámara, pero era evidente que, tras el terrible golpe recibido, le faltaba aire. Entonces cerró la boca, haciendo lo que parecía un gran esfuerzo por inspirar por la nariz, y consiguió gritar:

—¡Nuestra amada Tinsalia está en manos de un demente! ¡El pueblo debe saberlo! —La voz de Tulio se rompió en medio de su bramido, y comenzó a sollozar como un niño—. Los años y las desgracias lo han enloquecido...

«Sabe la verdad —pensó Ciríaca—. ¿Cómo es posible?»

La ausencia de Atanás III en los actos de Estado había hecho correr el rumor fundado de que el soberano no pasaba por su mejor momento de salud. Y aunque se mantenía en secreto, no por ello era menos cierto.

Hacía unos cuatro años que los Diez habían decidido mantener al emperador lejos de cualquier aparición pública que evidenciase su enfermedad. Pero aquel hombre sabía de ella, no había duda. De algún modo, se había enterado. Pero, ¿cómo?

Con el paso de los años y los engaños, Ciríaca había desarrollado una especie de superpoder, si era que podía llamársele así, una habilidad que la había ayudado a mantener su próspero negocio comercial lejos de usureros y estafadores de lengua hábil: Ciríaca siempre sabía cuándo le mentían. O al menos casi siempre.

Tan pronto como le fuera posible, visitaría a Tulio en su celda y lo interrogaría para averiguar por qué tenía aquella información.

—¡Tinsalia se muere! —gritaba Tulio, ya al otro lado de la puerta—. ¡Tinsalia se muere...!

El ambiente se había sumido en un silencio sepulcral, aunque Ciríaca podría haber jurado que aún se escuchaba el eco de las últimas palabras del senador, resonando acusadoras en el gran techo abovedado.

Tinsalia se moría.

¡Muchas gracias por leer hasta aquí!
Si te ha gustado, puedes adquirir la versión
completa disponible en Amazon.

